



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES "ACATLAN"

Una aproximación historiográfica  
José Urrea



SEMINARIO - TALLER  
EXTRACURRICULAR  
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:  
LICENCIADA EN HISTORIA  
P R E S E N T A :  
BERENICE ARELLANO VELEZ

ASESOR: LIC. JULIO CESAR MORAN ALVAREZ.



ACATLAN, EDO. DE MEX., SEPTIEMBRE DE 2001.



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Benditas sean estas páginas preliminares de nuestros trabajos en que se nos permite expresar a cierto público lo que no se dice a menudo.

Dedico a Dios este trabajo como una pequeña ofrenda por la salud de mi madre y agradezco el que ella lo viera concluir.

Agradezco a mi madre por alentarme a seguir la hermosa senda de la historia, por su esfuerzo para que yo realizara esta carrera, por hacer suyos mis sueños, por su ejemplo de amor a la vida y por su inagotable cariño.

A mis hermanos Melina e Ivan, por la paciencia, amor y respeto que recónditamente me profesan.

A mi padre, por los buenos recuerdos y cuya ausencia me ha fortalecido.

A mi maestro, Julio César Morán Álvarez por las horas dedicadas a dar forma a este trabajo, por la bella labor que realiza en las aulas de nuestra escuela, porque es un deleite escucharlo y por solidarizarse conmigo.

A Edith, por su ayuda tangible durante la carrera y seminario, su sentido del compañerismo y por la amistad que ahora existe entre nosotras.

A la demás familia y amigos que sinceramente se han regocijado por este logro.

Índice	
Introducción.....	3
1. El hombre y su época.	
1.1. Urrea y México.....	7
1.2. Ideario de Urrea.....	21
2. El <i>Diario de las operaciones militares</i> .	
2.1. Estructura y estilo.....	26
2.1.1. Ediciones y reediciones.....	28
2.2. Origen, causas y fines de la publicación.....	29
2.3. El diario deviene en historia.	
2.3.1. Tratamiento de fuentes.....	32
3. La historia para Urrea.	
3.1. Concepto y utilidad.....	40
3.2. El sujeto de la historia y el hecho histórico.....	43
3.3. La explicación.....	51
3.4. Los criterios de verdad y objetividad.....	58
4. Urrea vs Filisola: La polémica.	
4.1. Filisola y Urrea, contrastes y paralelismos.....	60
4.2. Entre Representaciones y Memorias que reivindicán.....	65
4.3. Urrea y Filisola frente a frente.	
4.3.1. Estilo narrativo, el arma de defensa.....	80
4.3.2. En la importancia de los hechos radica la culpa o la inocencia.....	85
Conclusiones.....	92
Bibliografía.....	95

## Introducción.

El conflicto texano de 1836 dejó vastos testimonios de sus protagonistas, no sólo de los hombres que hicieron la política, sino también, y quizás principalmente, de los que actuaron en el campo de batalla. Entre éstos aparecen desde los más populares y controvertidos hasta los más modestos y poco conocidos. En un punto medio, según nuestra opinión, se colocaría a José Urrea, general que diera honrosos triunfos a México, en la primera parte de lo que fuera una guerra tan dolorosa para el país.

Este personaje dejó memoria de su participación en el *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Tejas*, texto que si bien ha sido utilizado como testimonio de primera mano para complementar las historias que sobre esta guerra se han hecho nunca hemos sabido, al menos por lo que se ha investigado, que se le haya sometido a un análisis de tipo historiográfico. Por lo tanto, nuestro objetivo en el presente trabajo es analizar el *Diario* del general José Urrea con el fin de explicar su importancia y aportaciones desde una perspectiva historiográfica. No obstante, la tarea que se pretende presenta algunas complicaciones debido a la naturaleza misma del escrito, ya que al haberse hecho casi al vapor de los acontecimientos de la guerra se ve un tanto limitado en ciertos aspectos, especialmente los que tocan a la filosofía y teoría de la historia, aun así, creemos que nuestro fin es asequible si se intenta comprender al autor y su tiempo para explicar la razón de ser de la obra. Se analizará entonces el contenido de ésta, lo que nos llevará también a hacer un poco más comprensible la controversia contemporánea al autor sobre la campaña de Texas. Pero esta última

pretensión no sería posible si se ignorara otra opinión sobre el mismo hecho, pues no sería válido quedarnos únicamente con la versión de Urrea, máxime si éste fue de los personajes inmiscuidos directamente en dicha controversia, porque podría suceder que nuestra visión sobre el acontecimiento quedara incompleta.

Para la realización de estos propósitos hemos dividido este trabajo en cuatro capítulos, el primero de ellos contiene un acercamiento a la vida de José Urrea relacionada con los sucesos que en su tiempo acaecieron en nuestro país, así como también se expone su pensamiento y posición ante los conflictos ideológicos de su momento, de acuerdo a los distintos movimientos sociopolíticos que siguió en el transcurso de su carrera militar. En el segundo capítulo se describirá la forma como está dividido el *Diario de las operaciones militares*, las ediciones y reediciones que existen de la obra y se dirán los motivos que llevaron al autor a realizar y publicar el *Diario*, aquí mismo expondremos el tipo de fuentes documentales que José Urrea utilizó para complementar su escrito. El capítulo tercero comprende la visión que sobre la historia pudimos descubrir en el escrito de Urrea. Por último, en el capítulo cuarto enfrentaremos al *Diario de las operaciones militares* con las *Memorias para la historia de la guerra de Tejas* de Vicente Filisola a fin de encontrar las similitudes y diferencias entre estas obras que hablan sobre el mismo hecho y cuyos autores se enfrentaron además en aquel tiempo debido, precisamente, a ese suceso; con ello se intentará entonces disipar algunas interrogantes sobre esa aversión surgida a raíz de la guerra entre los dos personajes.

Se hace oportuno aclarar que por razones prácticas, el ejemplar del *Diario* utilizado para la elaboración de este trabajo es uno existente en la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que por sus características (debe

decirse que está realizado en una máquina de escribir manual, no en una imprenta) parece ser una copia del original, sin embargo, cotejándolo muy bien con este último nos aseguramos que no hubiera alteraciones en la redacción que dieran lugar a distorsiones en la información. Asimismo, para la última parte del trabajo en que aparece la comparación con las *Memorias*, el ejemplar que de esta obra se utilizó fue el publicado en 1849. Como ya se explicará ulteriormente, existen dos versiones de las *Memorias* que aparecieron con una mínima diferencia de tiempo, ambas constan de dos tomos. Empero, la primera edición se publicó por entregas entre 1848 y 1849, por lo que su primer tomo tiene como fecha de publicación 1848, mientras que el segundo tiene 1849. Por su parte, la segunda edición aparecida también en 1849, si tiene impresa esta fecha en sus dos tomos. Entonces, en el apartado “4.2. Entre Representaciones y Memorias que reivindicán”, en el cual se mencionan las ediciones y reediciones de las obras de Filisola se estará haciendo alusión a las dos versiones, para diferenciar una de otra en las notas a pie de página, nos referiremos a la primera publicación como *Memorias 1848* (aún cuando su publicación terminó hasta 1849), mientras que para referirnos a la segunda, lo haremos como *Memorias 1849*. A partir de la nota número 180 cuando se hable de *Memorias* en los pies de página nos estaremos refiriendo únicamente a la segunda versión que, como ya mencionamos, fue la utilizada para la comparación con la obra de Urrea. Esperamos habernos hecho entender en este enredado asunto, pero nos pareció muy necesaria su aclaración, puesto que cuando alguna vez en la Biblioteca Nacional solicitamos las *Memorias para la historia de Tejas* de 1849, esperábamos recibir en nuestras manos la segunda versión pero cual fue nuestra sorpresa al ver que nos dieron únicamente el segundo tomo de la primera versión, y no es que se hubieran equivocado, sino que ese libro, ya

lo dijimos, tiene impresa aquella fecha. Ojalá con esto logremos aclarar un poco el camino de quienes en algún momento desearan abordar tan famosas obras, así como también es nuestro propósito animar a seguir iluminando con una luz diferente cada vez, la tan estudiada cuestión texana, pues el presente trabajo es apenas otra pequeña aportación a la investigación sobre aquel hecho en el que bastantes aspectos quedan por descubrir, suceso que a su vez enriquece la historia de México.

También se encontrará el lector que para dar uniformidad a la redacción se ha actualizado la ortografía de los textos y documentos del siglo XIX citados en el trabajo. Sólo nos resta agradecer a todos aquellos recintos que pusieron a nuestro alcance su acervo, valiosísimo para los fines que nos proponemos, al Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Biblioteca México, Instituto José María Luis Mora, Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.

## 1. El hombre y su época.

### 1.1. Urrea y México.

La extensa, árida y lejana zona norte de la Nueva España, específicamente una de esas colonias militares que el gobierno español formara para frenar las embestidas de las tribus indias<sup>1</sup>, el presidio de Tucson en Arizona, vio nacer en 1797 a un “federalista práctico” que algunas glorias dio al país como golpes importantes dio al centralismo, José Urrea. Vino al mundo cuando gobernaba en la Nueva España el virrey Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte, cuya administración se caracterizó por sus excesos y poco juicio, en contrapartida con su sucesor Don Miguel José de Azanza quien se vio envuelto en una conspiración llamada de los machetes<sup>2</sup>. Lo mismo le pasó al virrey sustituto Félix Berenguer de Marquina que enfrentó en su administración la insurrección del indio Mariano<sup>3</sup>.

Comenzaban su marcha los primeros años de José Urrea y con ellos también los primeros del siglo XIX, que para los españoles en el viejo mundo sólo significaron disturbios desde que Napoleón Bonaparte puso sus ojos sobre la península ibérica, acarreado sucesos tales como la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII, la posterior cesión del trono a José Bonaparte y la guerra independentista del pueblo español<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Edit. Libros del Bachiller Sansón Carrasco, 1986, Tomo V, p. 501.

<sup>2</sup> Vicente Riva Palacio, “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, 10 Tomos, México, Edit. Cumbre, 1987, Tomo IV, p. 432.

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 8-9.

<sup>4</sup> Julio Zárate, “La independencia”, en *México a través de los siglos*, Tomo V, p. 7.

Los ánimos agitados en la Nueva España por todos estos acontecimientos y por el furor que causaban las oleadas de la Ilustración, dieron a esta etapa el sello de la conspiración: una, peculiar al ser dirigida por algunos españoles, que por medio de adulaciones primero, se ganaron la confianza del virrey José de Iturrigaray, para después asestarle un golpe la noche del 15 de septiembre de 1808 en que asaltaron el palacio y fue depuesto en favor del nuevo virrey Pedro Garibay. Otra, la de Valladolid de 1809, en la que ya estaba involucrado Miguel Hidalgo<sup>5</sup>. Mismo año en que José Urrea influido sin duda por un ambiente totalmente militar, pues no se olvide que su niñez transcurrió en un presidio, se convirtió en cadete de la Compañía Presidial de San Carlos Buenavista<sup>6</sup>. La última conjura fue la de 1810 en Querétaro, de la que resultó la lucha armada en septiembre, teniendo como primeros actores a Miguel Hidalgo e Ignacio Allende<sup>7</sup>.

La insurgencia se extendió y contra ella operó en 1811 José Urrea al sur de Sinaloa<sup>8</sup>. Las acciones de armas le ascendieron rápidamente, obtuvo el grado de teniente en 1816 al combatir en Jalisco y Michoacán<sup>9</sup> cuando se distinguían en el terreno insurgente Vicente Guerrero y Francisco Javier Mina. Este último caudillo, antes de su llegada al nuevo mundo, representaba en España las inconformidades liberales ante la vuelta al absolutismo por parte de Fernando VII en 1814, después de la guerra de Independencia contra Francia<sup>10</sup>. El propio Mina encabezó una de las

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 8-9.

<sup>6</sup> Secretaría de la Defensa Nacional, Archivo Histórico, *Cancelados*, Expediente militar del general de brigada José Urrea XI/III/1-54, f. 6-7.

<sup>7</sup> Julio Zárate, *op.cit.*, p. 9-10

<sup>8</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/1-54, f. 6-7. En adelante, para citar los ramos del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional se utilizarán las anteriores abreviaturas.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> Julio Zárate, *op.cit.*, p. 10-11.

tantas confabulaciones que derivarían en una nueva revolución al iniciar la segunda década del siglo, obligando al Rey a aceptar la constitución liberal de Cádiz<sup>11</sup>. Este acto, que ciertos sectores de la Nueva España vieron como una amenaza a sus privilegios, aunado al deseo de independencia de los insurrectos y a los anhelos de paz en ambos<sup>12</sup>, dio paso a la tregua con los últimos focos de insurrección en el sur. De esta forma, todos con una sola opinión, aunque por razones distintas, proclamaron en 1821 el Plan de Iguala<sup>13</sup> que como muchos otros mexicanos secundó José Urrea<sup>14</sup>. En este Plan se reconocía a la monarquía como forma de gobierno (invitaban a gobernar a un miembro de la familia real española) y apoyado por los Tratados de Córdoba dio comienzo al imperio mexicano<sup>15</sup>.

Sin embargo, la indiferencia de la realeza española hacia las propuestas de la más grande de sus colonias americanas abrió la posibilidad de que el digno cargo de emperador recayera en Agustín de Iturbide. En el efímero imperio iturbidista, como consecuencia de la disolución del Congreso, apareció en febrero de 1823 el Plan de Casa Mata<sup>16</sup> al que se adhirió el teniente Urrea<sup>17</sup> como lo hicieran también muchas “diputaciones provinciales, jefes militares, ayuntamientos”<sup>18</sup>.

Muchos sucesos, algunos funestos, debían ocurrir en un corto periodo para decidir a los que suspiraban por el sistema republicano a concretar su sueño en la

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 245-260,

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 261-276.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 288-289.

<sup>14</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/1-54, f. 6-7

<sup>15</sup> Julio Zárate, *op.cit.*, p. 349-350.

<sup>16</sup> En el acta de Casa Mata, “partiendo del principio de que la patria se hallaba en peligro por falta de la representación nacional, acordaron la convocación de un nuevo congreso, pudiendo ser reelegidos los diputados del congreso disuelto, que por sus ideas liberales y firmeza de carácter se habían hecho acreedores al aprecio público”, en Lucas Alamán, *op.cit.*, p. 409

<sup>17</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/1-54, f. 20

<sup>18</sup> Lucas Alamán, *op.cit.*, p. 413

Constitución de 1824 que estableció la federación y como jefe del ejecutivo a Guadalupe Victoria. No obstante, los infortunios continuaron y la tranquilidad estaba aún lejana, porque nuevas disidencias aparecieron en el seno de la República Mexicana, a las cuales contribuyó en buena medida el desarrollo de las logias masónicas<sup>19</sup>, las que provocaron constantes embates entre yorkinos y escoceses que vinieron a hacer crisis en 1827. Este año el teniente coronel Manuel Montaña lanzó un plan (patrocinado por los escoceses)<sup>20</sup> al que se unió nuestro biografiado<sup>21</sup>, pero del cual se separó enseguida. Esta retirada se debió, probablemente, a la poca resonancia del plan que terminó con la derrota del movimiento en Tulancingo a manos del general Guerrero<sup>22</sup> en 1828, año en que para agravar la situación, se suscitó una rebelión en el centro del país a fin de imponer a Vicente Guerrero en la presidencia de la república<sup>23</sup>.

Tras estos hechos comenzó en 1829 la administración del caudillo del sur, tan corta en tiempo como vasta en acontecimientos. Entre agosto y septiembre de aquel año Tampico fue asediado por fuerzas realistas de Fernando VII a cargo del español Isidro Barradas con planes de reconquista<sup>24</sup>. Para contrarrestarlas el general Santa Anna marchó al norte y derrotó al ejército español, gracias a la contribución que obtuvo del general Manuel Mier y Terán, segundo jefe del ejército; los coroneles Pedro Landero y José Antonio Mejía, junto con hombres de no menor valía en el

<sup>19</sup> Juan de Dios Arias, "México Independiente", en *México a través de los siglos*, Tomo VII, p.131-133.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p.160.

<sup>21</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/1-54, f. 81.

<sup>22</sup> Juan de Dios Arias, *op.cit.*, p.484-485.

<sup>23</sup> Lucas Alamán, *op.cit.*, Tomo V, p.484-485.

<sup>24</sup> Juan de Dios Arias, *op.cit.*, p.194-197.

campo de batalla, como José Urrea<sup>25</sup>. En contraste con esta circunstancia, motivo de alegría en el país, en diciembre el Ejército de Reserva acantonado en Veracruz lanzó el Plan de Jalapa en el que se quejaba de “privaciones” hacia ese cuerpo, pero principalmente alegaba “reponer la constitución y las leyes”<sup>26</sup>. A este plan se adhirió nuestro personaje<sup>27</sup>. El Plan de Jalapa fue auspiciado por el vicepresidente Anastasio Bustamante para encabezar una reacción en contra del gobierno, el fruto de aquella fue su ascenso al poder en 1830<sup>28</sup>. Durante esta administración Urrea fue destinado a la Secretaría de la Comandancia de Durango<sup>29</sup> y se le nombró teniente coronel<sup>30</sup>.

Un nuevo golpe del tipo que Bustamante encabezara para obtener el poder, fue el que lo derrocó. Santa Anna en 1832 expresó la necesidad de reconocer como presidente constitucional a Manuel Gómez Pedraza. Logró que lo secundaran varios estados entre ellos Zacatecas. Tampoco en este movimiento José Urrea se quedó al margen. Fue nuestro biografiado quien impidió la instalación del Congreso de Durango dispuesta para el 1º de agosto al pronunciarse por el plan de Santa Anna<sup>31</sup>.

Terminada la rebelión en diciembre de 1832 con los convenios de Zavaleta entre Bustamante, Santa Anna y Gómez Pedraza y el ascenso al ejecutivo de este último<sup>32</sup>, el 7 de enero de 1833 los comandantes generales de los estados fueron renovados en sus empleos que en su mayoría se otorgaron a los jefes que en cada una

<sup>25</sup> *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, México, edit., Porrúa, 1976 p.2206.

<sup>26</sup> Enrique Olavarría y Ferrari, “México Independiente”, *México a través de los siglos*, tomo VII, p.217

<sup>27</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/I-54, f. 91.

<sup>28</sup> “aunque [Bustamante] había sido nombrado vicepresidente por los yorkinos, pertenecía al partido que se había separado de ellos [...] teniendo por secretario al coronel D. José Antonio Facio, que era de los escoceses”, en Lucas Alamán, *op.cit.*, p.487.

<sup>29</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/I-54, f. 92.

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> Enrique Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, p.296.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p.303.

de sus localidades se habían levantado contra Bustamante, así por ejemplo “la [comandancia] de Veracruz se confió a Don Ciriaco Vázquez [y] la de Durango a José Urrea”<sup>33</sup>.

Mismo año y otra presidencia que ahora recaía en Antonio López de Santa Anna, quien por enfermedad dejó en su lugar a Valentín Gómez Farías<sup>34</sup>. Entonces cuando en Durango Urrea aún fungía como Comandante General, el gobernador de aquel estado, Francisco Elorriaga, le concedió “los honores y sueldo de Coronel de Caballería de Milicia cívica del mismo [estado]”<sup>35</sup>. La estancia de Urrea en aquel puesto fue realmente ilusoria pues en ese tiempo anduvo de un lugar a otro, ya fuera porque el gobierno lo mandaba llamar para rendir cuentas de su sueldo o porque él pedía permisos para retirarse a su hacienda de San Juan de Dios, desde donde alguna vez quiso atender su empleo en la comandancia, argumentando que ésta quedaba sólo a dos leguas de distancia de su propiedad<sup>36</sup>. Entre estas idas y vueltas pasaron los meses y llegó el año de 1834, en octubre, por orden del Supremo Gobierno, Urrea pasó a hacerse cargo del Regimiento permanente de Cuautla en San Luis Potosí<sup>37</sup>. Por este tiempo una vez más los inconformes con el orden establecido comenzaron sus sediciones para echar por tierra al sistema federal, el vicepresidente Gómez Farías se defendió con ahinco al igual que el estado de Zacatecas, el cual, seguramente, jamás imaginó que el presidente Santa Anna, quien regresaba de su

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p.308.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p.321.

<sup>35</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/1-54, f. 133.

<sup>36</sup> *Ibid.*, f. 153.

<sup>37</sup> *Ibid.*, f. 180.

retiro acudiera a escarmentarlo severamente<sup>38</sup>. En este cruel golpe asestado a Zacatecas participó el coronel Urrea y en virtud de él, don Miguel Barragán, quien también había apoyado el movimiento, le confirió el grado de General de Brigada del Ejército Mexicano<sup>39</sup>. Desacreditado el sistema federal, el Congreso juró las bases constitucionales “mientras meditaba el nuevo Código”<sup>40</sup>. También en 1835, la provincia de Texas empezó a sublevarse con el pretexto de que en la República se instauraría el sistema central. Sin embargo, este conflicto tiene sus orígenes en la época del virreinato cuando aquellas zonas, con permiso del gobierno español, se poblaron con familias angloamericanas. Para 1824 Texas fue incorporada a la provincia de Coahuila pero los texanos se sublevaron para proclamar su separación de dicho estado en 1829. El gobierno consiguió sofocar aquellas primeras tentativas de rebelión, “pero en pocos años, y merced a las turbulencias de México, las de Texas tomaron un carácter de suma gravedad”<sup>41</sup>.

Santa Anna se había dirigido desde los últimos meses de 1835 hacia el norte, para someter el levantamiento texano, ahí se dio a la tarea de organizar la campaña y José Urrea quedó al frente de una de las divisiones. Las operaciones de guerra comenzaron en 1836 y en febrero Santa Anna ocupó la ciudad de San Antonio Béjar sin encontrar resistencia. Mientras, José Urrea atacaba la villa de San Patricio, saliendo airoso, con algunos prisioneros, armas y caballos. El 2 de marzo, nuestro general, dio un golpe a Diego Grant, “cabecilla de los colonos sublevados”, en el

---

<sup>38</sup> “Era mucho de notar en este asunto la conducta del general Santa Anna, el cual debió acordarse de que la presidencia que obtenía y los triunfos que ganó por su levantamiento en Veracruz de enero de 1832, los debió a Zacatecas” en Enrique Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, p. 354.

<sup>39</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. XI/III/1-54, f. 198.

<sup>40</sup> Enrique Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, p.359.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p.361.

punto de los Cuates de Aguadulce, mismo día en que los delegados de Texas hicieron su declaración de independencia. Santa Anna el 6 de marzo se apoderó del Fuerte del Álamo. Entretanto Urrea seguía consiguiendo victorias para las armas nacionales, el 13 de marzo atacó la Misión de Refugio, el 19 encabezó otra excelente batalla en el llano del Encinal del Perdido cuando se dirigía a Goliat, fortaleza que se le rindió el 20, haciendo prisionero al comandante James W. Fanning. De allí se dirigió al puerto Casa de Lim, situado sobre la laguna de la Vaca y el río de Guadalupe, en el camino en un punto llamado Las Juntas hizo prisionero a Mr. Ward junto con cien hombres<sup>42</sup>.

Pero el 21 de abril durante la batalla de San Jacinto, Santa Anna cayó prisionero y así la campaña se vio truncada porque el presidente desde su prisión, dio orden a su segundo, don Vicente Filisola, para emprender la retirada del ejército. Esta noticia indignó enormemente a Urrea quien al no estar de acuerdo con aquella decisión escribió protestas en contra de Filisola. Al llegar todas estas noticias al centro del país, el gobierno interino reprendió a Filisola y consignó el mando del ejército a José Urrea. Para entonces ya habían pasado algunas semanas desde que Santa Anna había sido capturado y en los primeros días de mayo éste permanecía en el Puerto de Velasco. Ahí el general presidente celebró un convenio con David G. Burnet, que había sido nombrado, presidente de Texas, en donde Santa Anna se comprometía, entre otros puntos, a cesar las hostilidades. Pasaron los meses y ante el mal estado en que se encontraba el ejército, Urrea fue incapaz de reunir fuerzas suficientes para lanzarse de nuevo a la lucha<sup>43</sup>. En agosto se le pasó el mando a

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 369.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 370-380.

Nicolás Bravo y aunque hizo también gran esfuerzo por reabrir la campaña, permaneció en el norte, pero prácticamente inactivo debido a que por el momento el gobierno desvió su atención de Texas para enfocarla a preparar la nueva constitución. Ésta nació el mismo año de la campaña de Texas, se llamó las Siete Leyes, y estableció el sistema republicano central, tuvo como primer presidente a Anastasio Bustamante<sup>44</sup>. En los últimos meses de 1836 Urrea continuaba prestando servicios al ejército, pero ya no en Texas sino en Chihuahua combatiendo algunas tribus salvajes<sup>45</sup>. Para 1837 Urrea había sido nombrado Comandante General del departamento de Sonora, en donde llevó a cabo un levantamiento para proclamar el federalismo que no fue muy afortunado<sup>46</sup>. La misma suerte corrió nuestro biografiado en la rebelión de Mazatlán de 1838, en la que el general Mariano Paredes y Arrillaga logró quitarle el puerto al nuevo federalista<sup>47</sup>. No obstante, estos emprendedores combates, que mostraban la inconformidad existente, no lograron, al menos en ese momento, tener peso suficiente para derrocar el sistema central.

Nuevamente un asunto extranjero desvió la atención del gobierno mexicano. Francia hostilizó al país, al que demandó indemnización para algunos ciudadanos franceses que sufrieron perjuicios durante las guerras intestinas de México. El asunto de Francia, especialmente la participación de Carlos Baudín, tuvo peculiar importancia en la causa federalista de Urrea, pues el almirante francés tuvo comunicaciones con el general en Tampico (diciembre 1838), por lo que el gobierno

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 385-391.

<sup>45</sup> S.D.N., A.H., C., Exp.XI/III/1-54, f. 216-220.

<sup>46</sup> Enrique Olavarria y Ferrarí, *op.cit.*, p. 408.

<sup>47</sup> "El general don Mariano Paredes logró quitarles el puerto de Mazatlán el 6 de mayo, según las partes oficiales por la fuerza de las armas pero según oficio de don José Urrea, fechado en su cuartel general de Piaxtla el 11, por traición del teniente coronel Enrique de la Peña", en Enrique Olavarria y Ferrarí, *op.cit.*, p.413.

centralista lo acusó de traidor. Se registraron ataques a Veracruz y las tropas francesas continuaron por el golfo hacia el norte, pero merced a aquellas conferencias con Baudín, Urrea consiguió que se exceptuase del bloqueo a Tampico. El bloqueo en los mares de la República se prolongó hasta 1839 y las conversaciones entre los ministros plenipotenciarios de los dos países (que se habían roto el año anterior) se reanudaron en febrero, después de algunas reuniones, los puntos en que debía basarse el tratado de paz quedaron establecidos y fue aprobado el 12 de abril de 1839 después de entregada la fortaleza de Ulúa<sup>48</sup>

Terminada la guerra con Francia, el gobierno centralista se dio a la tarea de sofocar los levantamientos que había en su contra. Uno bastante importante lo encabezó José Urrea junto con José Antonio Mejía. Su expedición vino desde Tampico, pasó por Nuevo León, Veracruz y terminó en Puebla, en donde tras una reñida batalla cayó prisionero Mejía que fue pasado por las armas<sup>49</sup>, mientras que Urrea logró volver a Tampico. Perseguido por Arista y Bustamante, huyó a Tuxpan y ahí no hubo más remedio que capitular. Fue aprehendido y encarcelado en el castillo de Perote, pero el “resbaladizo Urrea” encontró la manera de escapar el 30 de junio de 1839. Recapturado, se le trasladó a la antigua cárcel de la Inquisición en México, pero aún ahí Urrea era incontenible. Ya en el centro del país en el año de 1840, con ayuda de algunos promovedores de la revolución logró escapar y entrar hasta las habitaciones del Palacio Nacional, tomando preso al presidente Anastasio

---

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 428-437.

<sup>49</sup> “En la reñida batalla que se trabó en Acajete fueron derrotados los federalistas y aniquiladas las fuerzas expedicionarias. Urrea consiguió escapar para proseguir sus actividades pero Mejía, federalista contumaz, camarada de Santa Anna en la época en que éste tenía veleidades federalistas, fue hecho prisionero y fusilado por órdenes personales de Santa Anna”, en David Vigness, “la expedición Urrea Mejía”, Vol. V, en *Historia Mexicana. Revista trimestral publicada por el Colegio de México*, Oct.-Dic. 1955, p. 216.

Bustamante<sup>50</sup>. Estos acontecimientos dieron inicio a un alzamiento que por espacio de doce días azotó la capital de la República y que tuvo al frente a José Urrea junto con Valentín Gómez Farías<sup>51</sup>. Esta revuelta, fue sometida por el gobierno central, y logró frenarla gracias, en parte, a las comunicaciones que sostuvo el general Gabriel Valencia, jefe de las fuerzas del gobierno, con los pronunciados, y en parte también a que los conjurados observaron que en ningún estado era secundado su movimiento. Con esto nuestro personaje cae en una etapa de relativa oscuridad. Llegado el año de 1841, de nuevo la anarquía se hizo presente en el país, debido a que cada región se alzaba, para tratar de hacer valer planes y propuestas que favorecieran muy distintos intereses en uno y otro lugar de la nación mexicana. El departamento que inició estos acontecimientos fue Jalisco con el general Mariano Paredes y Arrillaga al frente, quien hizo un plan para reformar la Constitución. Le siguió el departamento de Veracruz que tenía por objetivo algunos intereses comerciales y que finalmente tuvo como caudillo a Antonio López de Santa Anna. Por último se pronunció en la capital, Gabriel Valencia, aquél que un año antes combatiera, del lado del gobierno, en contra de Urrea y Farías. Todos estos movimientos tuvieron un objetivo en común, la destitución del presidente Anastasio Bustamante, lo que lograron en agosto de aquel año<sup>52</sup>. Además de estas revueltas, hubo en el país otras que tenían como fin restablecer el federalismo, pero que no tuvieron el peso de las de aquellos tres estados que comenzaron la revolución. Entre dichos alzamientos hubo uno en

---

<sup>50</sup> Enrique Olavarria y Ferrari, *op.cit.*, Tomo VIII, p. 15-18.

<sup>51</sup> Secretaría de la Defensa Nacional, Archivo Histórico, *Operaciones militares*, Expediente XI/481.3/1547, f.557-576.

<sup>52</sup> Enrique Olavarria, *op. cit.*, Tomo VIII, p. 25-36.

Durango en el cual participó José Urrea<sup>53</sup>, no obstante, ese estado no tuvo fuerza suficiente para sostener su propia causa, y terminó por aceptar el Plan de la Estanzuela que a su vez ratificó el Plan de Tacubaya. Ambos proyectos estuvieron encaminados a destituir de sus funciones a los supremos poderes que había establecido la Constitución de 1836 y a poner el ejecutivo en manos de Santa Anna<sup>54</sup>. En el nuevo gabinete se encontraba, a cargo de la Secretaría de Guerra y Marina, José María Tornel y Mendivil, quien en 1842 recomendó a José Urrea para hacerse cargo del gobierno del estado de Sonora en sustitución del gobernador Manuel María Gándara. Tal nombramiento tenía como objetivo dar a Urrea la tarea de pacificar ese departamento que era asediado por tribus salvajes del norte<sup>55</sup>. Esa tarea se logró tal como se pretendía pero al mismo tiempo ocasionó el enojo del exgobernador el cual inició una revuelta en contra de Urrea que terminó con el arresto de Gándara. Este cargo lo ejerció nuestro personaje hasta el año de 1844, lapso durante el cual estuvo muy atento acerca del comercio que Europa empezaba a ejercer en las costas del mar del Sur. Así, se empeñó en enviar comunicaciones al gobierno para lograr que se le enviase un oficial ingeniero y el debido apoyo para levantar los planos correspondientes, del cabo de San Lucas, el puerto de San Lázaro, “la costa por dentro del golfo hasta la embocadura del Río Colorado que divide [Sonora] del [departamento] de la Alta California”<sup>56</sup>, entre otros puntos. Se dice que durante este tiempo también, expidió los reglamentos del Tribunal Superior de

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, p.39.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p.33-36.

<sup>55</sup> S.D.N., A.H., O.M., Exp. XI/481.3/1711, Tomo I, f. 282-283.

<sup>56</sup> *Ibid.*, Tomo III, f. 870-871.

Justicia, de Policía y Buen Gobierno, y para el aprovechamiento de las aguas de los ríos; y que envió una expedición para expulsar a los seris de la Isla del Tiburón<sup>57</sup>.

Ahora bien, en 1845, el gobierno de Santa Anna, que se había iniciado tras la caída de Bustamante, se veía entonces amenazado por una nueva revolución que encabezó Mariano Paredes y Arrillaga, quien llegó a la presidencia en 1846. Este nuevo gobierno acordó que el país se regiría por medio de las Bases Orgánicas, constitución básicamente central establecida en 1843 y aprobada por el propio Santa Anna. Este anuncio provocó otra revuelta en el departamento de México acaudillada por don José Mariano Salas, quien pedía la destitución de Arrillaga<sup>58</sup>. En ese preciso momento, por razones que aún desconocemos, permanecía en México el inquieto sonoreense José Urrea, el cual actuó como emisario del gobierno, parlamentando con los pronunciados. De las conversaciones sostenidas entre éstos surgió la propuesta para derrocar a Mariano Paredes, misma que fue aceptada por las fuerzas que sostenían su gobierno. Entonces quedó al frente del ejército como general en jefe José Mariano Salas, se llamó a Santa Anna para reasumir el ejecutivo y se acordó “que mientras el Congreso diese la Constitución que hubiera de regir a la República, se restableciese la de 1824”<sup>59</sup>. A estos acuerdos se apegó también José Urrea y pasó entonces a fungir como Comandante General de los estados Internos de Oriente<sup>60</sup>.

Por otro lado, en ese mismo año de 1846, las miras expansionistas del país vecino del norte no cesaban, ahora estaban puestas ya no sólo abiertamente sobre Texas, sino también en Nuevo México y la Alta California. El entonces presidente de

---

<sup>57</sup> *Enciclopedia de México*, José Rogelio Álvarez Dir., Enciclopedia de México Editorial, Tomo XII, p.568.

<sup>58</sup> Enrique Olavarria, *op.cit.*, p. 130-135.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p.139.

<sup>60</sup> *Enciclopedia de México*, p. 568.

los Estados Unidos, James Polk encontró, en las reclamaciones (instrumento diplomático introducido por Anthony Butler), un buen pretexto para la empresa. Así, la deuda que por daños a ciudadanos norteamericanos, residentes en el país, tenía México le sería perdonada a cambio de los territorios deseados. Faltaba solamente una provocación para declarar la guerra. Polk la encontró enviando a Zachary Taylor a ocupar el terreno entre el Río Nueces y el Bravo en abril de 1846, provocando un incidente con las tropas mexicanas, lo que produjo que Estados Unidos declarara la guerra<sup>61</sup>.

Sería esta guerra en la que José Urrea diera su última batalla. A principios de 1847, cuando se libraba la resistencia más seria por parte de los mexicanos en la Angostura, Urrea operaba en Nuevo León y “a retaguardia del general Taylor había capturado a los americanos un convoy, quemándoles cien carros y causándoles unas doscientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros”<sup>62</sup>. Los funestos resultados de la guerra en 1848 todavía los vivió, seguramente con indignación José Urrea. El año siguiente a la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo, por el que México perdiera la mitad de su territorio, el “federalista práctico”, vio cegada su existencia víctima del “cólera morbus”<sup>63</sup>.

---

<sup>61</sup> Enrique Olavarría, *op.cit.*, p. 117- 136.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p.183.

<sup>63</sup> *Diccionario Porrúa*, p.2206. -

## 1.2. Ideario de Urrea.

Hemos podido constatar cada vez con mayor frecuencia, cuan difícil es ubicar la postura adoptada por no pocos actores de la historia de la primera mitad del siglo XIX, ante los hechos tan intrincados que acaecieron entonces, debido al afán de abrirse paso para ocupar un lugar preponderante (y disfrutar de los beneficios, de cualquier índole, que esto conllevó) en la joven nación mexicana. Así nos encontramos con casos de personajes polémicos como José Urrea, que en uno y otro momento de su tránsito por la historia se apegó a planes y causas muy diferentes unos de otros.

La paradoja en la personalidad de Urrea, comienza desde el momento en que observamos cómo sus primeros hechos de armas, en la guerra de Independencia, son al lado del ejército realista, sirviendo a la metrópoli ultramarina, que al haber establecido colonias militares en la frontera norte de la Nueva España dio, a individuos como Urrea, la posibilidad de contar con una carrera militar, paso inicial de su camino de participación constante, ya sea directa o indirectamente, en los eventos políticos y militares más destacados del país.

La opción que para terminar la guerra dio en 1821 el Plan de Iguala, fue asumida por José Urrea, apoyando así al primer imperio, que, al despertar inconformidades, trajo consigo un nuevo torrente revolucionario que también arrastró a nuestro militar. De ahí nació el Plan de Casa Mata. Para apoyarlo Urrea hizo lo propio al propagar “la voz de libertad en la demarcación de Huichapan” y asistir al pronunciamiento de Querétaro<sup>64</sup>.

---

<sup>64</sup> S.D.N., A.H., C., Exp. IX/III/1-54, f. 6-7.

Con la instalación de la República en 1824, y la nueva separación en dos tendencias políticas en el país: la centralista y la federalista, los grupos que apoyaron a una y otra, escoceses y yorquinos, se valieron siempre de golpes al gobierno, para conseguir la imposición de sus ideales. Con los escoceses se encontraba José Urrea al lanzar éstos en 1827 el Plan de Montaña y Tulancingo, así daba el primer aspecto conservador a su andar. En 1829 ante la amenaza de la realeza española para reconquistar su antigua colonia, Urrea acudió a la defensa nacional, obviamente por ser parte del ejército, pero además por tener una naturaleza rebelde, pues toda su vida fue parte de la guerra, independientemente de si ésta le acarreó o no beneficios (sociales o económicos) e independientemente también de que fuera o no un convencido de las causas que sostuvieron en fechas determinadas, las revueltas que él siguió.

En 1830 el apoyo de José Urrea al Plan de Jalapa que auspició el Ejército de Reserva, que llevó al frente del ejecutivo a Anastasio Bustamante y en el que nuevamente se vieron las manos de los escoceses (partidarios del sistema central) recalcó, hasta ese momento, su tendencia conservadora. Aunque en el gobierno de Bustamante a Urrea se le otorgó la Secretaría de la Comandancia de Durango, con lo cual comprobamos que efectivamente obtuvo beneficios en las revueltas, esto no le impidió contribuir con Santa Anna y Manuel Gómez Pedraza en un nuevo motín contra el gobierno, con lo que reafirmamos su carácter sedicioso.

Para 1835, la línea conservadora que había seguido Urrea alcanzó la cima, al colaborar con el héroe de Tampico en el embate arremetido contra Zacatecas, último bastión de la República Federal, agonizante por aquellos días y por la cual se pronunciaría Urrea más tarde.

En 1836, la oscura carrera de Urrea obtuvo cierto brillo tras los acontecimientos de la guerra de Texas, pues antes de esa fecha su figura sólo había estado a la sombra de alguna otra. Con todos estos sucesos nuestro personaje se vio rodeado de cierta popularidad.

Asimismo, este hecho fue del que Urrea, dejó más testimonios escritos, de tal forma que los partes de guerra que informaron el estado del ejército, las operaciones, los planes seguidos por mar y tierra, etc., muestran que su autor, a pesar de no lograr el triunfo, tuvo un proyecto definido para concluir de manera favorable aquella campaña. Además, estas comunicaciones tuvieron un objetivo alterno, obtener más recursos para la manutención y pronta actividad del ejército, y dieron cuenta de una visión que iba encaminada a la

conservación de nuestras porciones, y aún a los progresos de la urgentísima colonización del mismo Río Bravo en tiempos más tranquilos, donde multitud de pobladores vivirán en la abundancia y progresivamente se irán concluyendo las tribus bárbaras que lo plagan hasta más allá de Nuevo México<sup>65</sup>.

Al llegar 1837, cuando el país se regía por el centralismo, en virtud de las Siete Leyes, Sonora amenazaba con separarse de la República, por su desacuerdo con aquel sistema; y José Urrea, quien hacía unos meses había abandonado el mando del ejército y ahora tenía a su cargo la Comandancia General del Departamento de Sonora, daba forma al movimiento de ese estado norteño, al proclamar el 26 de diciembre un plan que abogaba por el sistema federal. Con ello vemos que la militancia política de Urrea cambió radicalmente. Así, encabezó en 1838 otro

---

<sup>65</sup> S.D.N, A.H., *O.M.*, Documentos relativos a la Campaña de Texas, Exp. IX/481.3/1524, f. 36

movimiento en Sinaloa que detuvo Mariano Paredes y Arrillaga pero que hizo notar su disposición en pro de su nuevo partido, el federalista.

La revuelta de 1839 en que participó nuestro personaje junto con José Antonio Mejía, fue reseñada por David Vignes en un artículo llamado "La expedición Urrea Mejía". Este autor calificó a José Urrea como un "federalista práctico"<sup>66</sup>. Analizando el contenido de aquel artículo nos atrevemos a decir que la practicidad que achaca a Urrea, se debe a los medios de que se valió para llevar a buen término dicha revuelta en favor del federalismo. Nos referimos, a las comunicaciones que tuvo Urrea con Carlos Baudín, almirante de la escuadra francesa que asediaba a nuestro país en ese momento, a quien le ofreció provisiones a cambio de librar del bloqueo al puerto de Tampico, principalmente, y a los fuertes de Matamoros y Tuxpan. Estos lugares estaban situados en el camino que siguió la expedición emprendida por Mejía y Urrea, cuyo objetivo era reforzar a los federalistas de Puebla.

Ahora, el cenit alcanzado por la tendencia federalista de Urrea llegó definitivamente con los sucesos de la capital del país en 1840 en que firmó un plan, hecho por un personaje mejor reconocido como federalista que el propio Urrea, Valentín Gómez Farías. Sin embargo, la derrota de aquella revuelta no fue suficiente para lograr derrumbar el ánimo de Urrea que, aunque con poca fuerza siguió adelante con la causa federalista, la cual puede que aparezca ensombrecida por su apoyo al Plan de la Estanzuela y Tacubaya. No obstante, al parecer todos aquellos individuos que abogaron por dichos proyectos, tenían como mira común únicamente,

---

<sup>66</sup> David Vignes, *op.cit.*, p.214.

derrocar a Anastasio Bustamante. Pero en realidad, quienes apoyaron esos planes, se estaban embarcando en un viaje a la deriva, en cuanto a un nuevo régimen. Porque ni los centralistas ni los federalistas que los apoyaron tuvieron la certeza de que aquellos dos acuerdos iban a entronizar su forma de gobierno, debido a que éstos efectivamente desconocieron la Constitución central de 1836, pero no aseguraron la vuelta al federalismo. Posteriormente, cada una de las tendencias se encontraron en posición de pelear por imponerse y Urrea rompió con el centralismo definitivamente al unirse a la voz del sublevado José Mariano Salas, en 1846. Aún así, no podemos asegurar que por fin nuestro autor hubiera adoptado una facción definitiva, pero eso es algo que jamás comprobaremos, porque Urrea, ya no tuvo tiempo de demostrarlo.

## 2. El *Diario de las operaciones militares*

### 2.1. Estructura y estilo.

La obra de José Urrea no contiene una introducción formal, sin embargo, al principio del texto, a manera de presentación, explica el autor los motivos que lo llevaron a emprender el escrito. Después de esas palabras se da paso a seis capítulos, cada uno de los cuales tiene por nombre los meses en que se llevó a cabo la campaña de Texas. Es decir que el primero de ellos tiene como título “Enero de 1835”, el segundo, “Febrero de Idem”; el tercero, “Marzo”; el cuarto, “Abril”; el quinto, “Mayo”; y el sexto, “Junio”. La narración contenida en estos capítulos se subdivide, a su vez, en los días de cada mes. Pero antes de continuar, tenemos que advertir algo que probablemente el lector ya percibió, el año “1835”, aparecido en el primer capítulo correspondiente al mes de enero. El error no es nuestro, no es que nos hallamos equivocado al escribir, cambiando el año 1835 por 1836 en que se dieron las batallas de la guerra. Lo que sucede es que ese error existe en todos los ejemplares del *Diario* que consultamos. No estamos seguros a que se deba tal equivocación, pero queremos creer que fue una errata de la imprenta, y no achacarlo a que el autor no supiera en realidad en que año estaba, cuando realizó todas aquellas acciones que relata en las páginas de su *Diario*.

Al llegar al capítulo “Junio”, además del relato sobre los hechos, realizados por el ejército, Urrea hace una serie de aclaraciones en relación con todas las acusaciones que hizo Vicente Filisola en contra de él. Posteriormente viene la sección de los “Documentos” que contiene las fuentes en que Urrea se apoyó para elaborar su escrito. Finalmente existe un capítulo llamado “Proscripti” en el cual, nuestro autor se refiere con especial énfasis a dos fuentes. Una, es la publicación de D. Ramón

Martínez Caro quien fue hecho prisionero junto con Santa Anna después de la derrota en San Jacinto, y la otra es la de Juan José Holsinger capitán de ingenieros, el cual marchaba en la división de Urrea. El interés de José Urrea por esos textos es porque ambos narran un hecho muy polémico, sucedido durante la campaña, en el que Urrea estuvo involucrado y que, por supuesto le interesaba mucho aclarar. Pero ese hecho lo daremos a conocer posteriormente.

### 2.1.1. Ediciones y reediciones.

El *Diario de las operaciones militares* se publicó por primera vez en 1838, en Victoria de Durango, por la Imprenta del Gobierno a cargo de Manuel González. A través de un manual que consultamos en el Fondo Reservado de la Biblioteca México supimos sobre algunas otras publicaciones relativas a la obra de José Urrea<sup>67</sup>. Ahí se habla de un libro llamado *Análisis del Diario militar* impreso en 1920 y cuya edición fue encargada a la Imprenta del Mercurio a cargo de Antonio Castañeda. Nos dimos a la tarea de buscar esa obra, rastreándola por su título, y el nombre de su autor, con el fin de saber si se trataba de una publicación reciente que tuviera algún estudio introductorio sobre nuestro autor y la transcripción de su obra. Sin embargo fue imposible encontrarla, por lo que no pudimos constatar si realmente ese análisis es sobre el *Diario* de José Urrea.

En 1928, la obra de nuestro autor fue introducida en un texto llamado *The Mexican side of the Texas revolution (1836) by the Chief Mexican Participants*. En éste también están contenidos los textos, sobre la misma campaña, de Antonio López de Santa Anna, Ramón Martínez Caro, Vicente Filisola y José María Tornel y Mendivil. El libro tiene notas de Carlos E. Castañeda y fue publicado en Dallas por la P.L. Turner Co. Por último se sabe que el *Diario* fue encuadernado en 1952 con la obra *Documentos para la historia de la Guerra de Tejas*, por la Editora Nacional, en una edición facsimilar.

---

<sup>67</sup> Antonio Palau y Dulcet, *Manual del Librero hispanoamericano*, Barcelona, Edit. Tow Valderrama, 1972, Tomo XXIV, p.

## 2.2. Origen, motivos y fines de la publicación.

Cuando en la campaña de Texas de 1836 la responsabilidad de las acciones de armas recayó en Vicente Filisola y éste ordenó la retirada, se ganó para muchos el no deseado título de “traidor”<sup>68</sup>. Ante los ojos del gobierno interino de la República, no era posible que el general Filisola se acobardara por la derrota en San Jacinto, que había sufrido sólo una parte –muy pequeña, por cierto– del ejército, sobre todo porque el grueso de las divisiones había mostrado buen ánimo y registrado triunfos sobre las armas texanas. En algunos de estos éxitos participó la aguerrida división al mando de José Urrea, quien debido a ello ganó una buena reputación, la que se acrecentó con las noticias llegadas al centro del país sobre su oposición al “paso retrógrado” de las tropas, que ordenaba desde su prisión el general presidente y que obedecía Filisola.

Así, mientras que el gobierno interino nombró jefe del ejército a José Urrea, Filisola fue llamado para dar cuenta de sus acciones. A partir de entonces inició el antagonismo entre estos dos generales y los ataques mutuos fueron permanentes, pues mientras unos consideraron la conducta de Urrea como patriótica, a Filisola lo atacaron, no sólo porque dispuso la retirada, sino por sus acciones a lo largo de la campaña. Por este motivo don Vicente se defendió mediante una *Representación* que escribió para el gobierno.

Entretanto, Urrea veía cada vez más lejana la posibilidad de recuperar la fuerza material y anímica que tuvo el ejército (o por lo menos su división) a principios de aquél año de 1836 para continuar la lucha, razón por la cual se le relevó

---

<sup>68</sup> Miguel Soto, “Vicente Filisola”, en *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, edit. UNAM, 1997, p. 201.

del cargo<sup>69</sup>, y por culpa de las acusaciones de su adversario, se le llamó a comparecer. Ya en la capital de la república José Urrea se enteró de que “sus servicios en la campaña de Texas que al principio se tenían como meritorios, se [vieron] después como un crimen”<sup>70</sup>, motivo por el cual alegó que

Aquel general [Filisola] ha pretendido en su representación al Gobierno vindicarse de los graves cargos que le resultan por su conducta militar, al paso que censura acremente la mía, que se introduce hasta mi vida privada para calumniarme en todos sentidos, y que en fin se ha permitido libertades innobles para ponerme en ridículo<sup>71</sup>.

Además, patentizó: “se hace preciso que yo sea juzgado solemnemente y que escriba como mis acusadores lo han hecho”<sup>72</sup>. Escribir, pero ¿escribir qué? Urrea consideró que lo más efectivo para su defensa eran sus hechos que “en otra nación [...] bastarían [...] por sí mismos para contestar a todas las acriminaciones”<sup>73</sup>, pero aquí y en esas circunstancias se hacía necesario reconstruirlos y plasmarlos. Sin embargo tal reconstrucción debía apoyarse no sólo en la memoria de Urrea sino en pruebas que dieran por cierto todo lo que aquella decía. Cedamos la palabra a nuestro autor para aclararlo mejor.

Urgido por tan crueles alternativas quise ser la única víctima y callé para el público, esforzando mis gestiones con el gobierno para que se me sujetara a juicio: he dicho que nada conseguí, y después de una inútil residencia en la capital durante el período de cinco meses, que lo fue de continuas solicitudes, marché para esta capital [Durango] donde debía reunirme con

<sup>69</sup> S.D.N., A.H., *O.M.*, Exp. XI/481.3/1146, Tomo I, f.179.

<sup>70</sup> José Urrea, *Diario de las operaciones militares*, Victoria de Durango, Imprenta del Gobierno a cargo de Manuel González, 1838, p. 47.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p.3.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p.47.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p.47.

muy interesantes documentos que habían extraviádoseme, y en donde podía disponer del tiempo y tranquilidad necesaria para coordinar todos aquellos que sirvieran a mi justificación<sup>74</sup>.

Ahora bien, esa “justificación” de la que habló José Urrea fue la que poco después se convirtió en su única obra impresa, que hoy abordamos y cuyo título completo es *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Texas. Publicalo su autor con algunas observaciones para vindicarse ante sus conciudadanos*. Como puede verse el autor no dejó que el lector adivinara cosa alguna, pues desde la segunda parte del título, sus propósitos son bastante claros, como lo son siempre a lo largo del texto en que agrega por ejemplo:

los sucesos importantes que [...] han ocurrido, el interés de la Patria, los escritos que se han publicado, y en fin mi propio honor, exigen que hable [...] con el diario fiel de mis operaciones que responden a las invectivas, y que desmienten las falsedades y reticencias de un general de funesto recuerdo<sup>75</sup>.

El general Filisola a que alude en este último enunciado, es uno (sino el principal) de los destinatarios de la obra, de quien desde luego Urrea no olvida mencionar su error en la campaña cada vez que se presenta la ocasión, como al final de su introducción:

El diario fiel que sigue de mis operaciones militares me vindicará, y las observaciones que añadiré convencerán de la justicia de los cargos hechos a aquel general, particularmente con respecto a la famosa retirada: mi citado diario comienza hablar<sup>76</sup>.

---

<sup>74</sup> *Ibid.*, p.2.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p.2.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p.3.

## 2.3 El *Diario* deviene en historia.

### 2.3.1. Tratamiento de fuentes.

En México, en el siglo XIX, como en otras épocas, muchos textos se convirtieron en parte de la historiografía nacional, algunos de ellos, además, pertenecen al grupo de las memorias o diarios que fueron escritos con el simple propósito de dejar constancia de una serie de acontecimientos que, según sus autores, no debían caer en el olvido o buscando algún fin específico del interés de su autor. Como sea, dichos escritos consciente o inconscientemente tomaron forma de obras históricas, más formales unos, menos otros, pero que tuvieron algo en común, utilizaron pruebas, para demostrar la veracidad de los sucesos que narraron.

Ya hemos dejado asentado que el *Diario* de José Urrea tuvo su origen en la controversia suscitada entre él y Vicente Filisola, tras los acontecimientos de la guerra con Texas, que Urrea vivió y relató en su obra. Por ello podemos decir que su primera fuente de información es él mismo, sus recuerdos, que habrían resultado ambiguos de no tener un apoyo documental. Estas pruebas las encontró primero, en el correo personal que, a pesar de aquellos agitados meses en el campo de batalla, pudo conservar. De tal modo, que no es casualidad que la primera carta aparecida en el texto bajo el rubro de "Documento num. 1" sea precisamente de él (fecha de noviembre de 1836, cuando ya había terminado su actuación en la campaña) pidiendo al gobierno abrirle un juicio para indicar como "las acciones más sencillas se han pintado con los coloridos más denigrantes esparciendo multitud de calumnias"<sup>77</sup>.

---

<sup>77</sup> José Urrea, *Diario de las operaciones militares...*, p.47-48 (Doc 1)

Pero el juicio no llegó, y como ya lo manifestamos, Urrea emprendió por su cuenta la reconstrucción de las operaciones militares, para cuya descripción se valió, otra vez, de la correspondencia. Dentro de ésta, unas veces nuestro autor aparece como remitente y otras como destinatario. Las comunicaciones se componen básicamente de instrucciones de guerra. Por ejemplo, a continuación tenemos una orden para nuestro general, girada por Antonio López de Santa Anna:

Secretaría particular del Presidente de la República Mexicana, general en jefe del ejército de operaciones.- Sr. General D. José Urrea.- Béjar marzo 23 de 1836.- Mi apreciable amigo: Por una copia que me ha dirigido el coronel Garay de la carta que V. le escribió el día 20 desde la punta del Encinal del Perdido, me he dispuesto con la más grata satisfacción de la última derrota que sufrieron los enemigos alcanzados en su fuga por la valiente tropa que V. dirige con tanto acierto. Espero el detalle que me remitirá V. para elevarlo al Supremo Gobierno y que se acuerde por la superioridad el premio de tanta bizarría. Apruebo la marcha de V. a Guadalupe y la comisión que debe desempeñar el coronel Garay sobre el Cópamo, debiendo y, sin perder tiempo, situar en dicho puerto y Goliad dos destacamentos y obrar enseguida con la actividad que le es propia sobre Victoria, la Vaca, Raffi, Madama Neils, Brazoria, Columbia, Orazimbo, hasta el río Brazos al norte de San Bernardo<sup>78</sup>.

La inserción de estos documentos donde se elogian sus acciones y se le instruye con nuevas órdenes, le permite a José Urrea justificar todos sus actos en la Campaña de Texas, y algunos de ellos, además, condenan las decisiones de su enemigo polemizador Vicente Filisola. En efecto, como puede verse en la siguiente epístola de la correspondencia que Urrea sostenía con el Secretario de Guerra, José María Tornel y Mendivil, se observa no sólo, cómo Urrea asume el mando del ejército sobre Texas,

---

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 50 (doc. 8)

sino también, la opinión negativa que tiene el gobierno y la amenaza de abrirle consejo de guerra a Filisola.

Secretaría de Guerra y Marina.- Sección Central.- Mesa 1ª.- Exmo. Sr. general D. Vicente Filisola lo que sigue.- “Exmo. Sr.- He dado cuenta al Exmo. Sr. presidente interino con la comunicación de V.E. datada en su campo sobre la orilla derecha del río de las Nueces en 31 del mes próximo pasado, y en contestación debo decirle por orden suprema, que toda ella ha sido vista con la más profunda indignación.- Ante un consejo de guerra responderá V.E. de los cargos que le resultan por no haber conservado los puestos que le previno el supremo gobierno que sostuviese a toda costa; pero desde ahora pesa sobre V.E. el cargo gravísimo de haber olvidado lo prevenido en el Art. 2º tit.3 tratado 7 de la Ordenanza militar, por el que recaía en V.E. el mando [...]. Por última prevención del Exmo. Sr. Presidente interino manda a V.E. que si aún no ha entregado el mando del ejército al Exmo. Sr. General D. José Urrea, lo verifique en el acto, viniendo a esta capital, como está ordenado, a responder ante la ley de su conducta”.- Y tengo el honor de trasladarlo a V.E. para su conocimiento y fines consiguientes.- Dios y libertad México Junio 25 de 1836.- Tornel.- Exmo. Sr. general D. José Urrea en jefe del ejército de operaciones sobre Texas<sup>79</sup>.

Pero la correspondencia no es la única fuente que figura en la obra. También existe el apoyo documental en textos impresos, que refuerzan las mismas posturas y juicios sobre la actividad de Urrea y cuyos autores fueron contemporáneos del nuestro e incluso compañeros suyos en la campaña. Tal es el caso del teniente coronel Nicolás de la Portilla quien publicó también un Diario y participó junto con Urrea en el capítulo de la guerra de Texas en que fue apresado y fusilado el coronel

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 99.

norteamericano James W. Fanning junto con sus hombres. Este acontecimiento levantó bastante polémica en su momento y para aclararlo, José Urrea se valió del texto del teniente de la Portilla. Ese suceso transcurrió de la forma siguiente: Conforme a una ley del 30 de diciembre de 1835, el supremo gobierno había decretado pena de muerte “a los que venían armados a hacer la guerra en territorio mexicano”<sup>80</sup>. El 20 de marzo de 1836, en un lugar llamado Punta del Encinal del Perdido, José Urrea sostuvo un combate contra los norteamericanos y tras algunos minutos el enemigo izó bandera blanca. El jefe de aquella partida era el coronel James Fanning, quien pidió a Urrea celebrar una capitulación. Éste indicó no estar autorizado para ello, en virtud de aquella ley, que lo único aceptable era que se rindiesen a discreción. Sin embargo, Urrea apuntó que como “Fanning era un hombre recomendable, un hombre de valor, cualidad que a los soldados nos hace estimarnos mutuamente en la guerra [...]. Todo lo que pude ofrecerle fue interponer mis respetos con el general en jefe, y lo hice en efecto desde Guadalupe”<sup>81</sup>. Los prisioneros fueron remitidos a Goliad, punto comandado por el teniente coronel Nicolás de la Portilla a quien Urrea ordenó

que empleara a los prisioneros en la reedificación de Goliad, y desde entonces me propuse aumentar el número de aquellos, esperando en que su multitud los salvaría, pues nunca llegué a creer que a sangre fría y sin urgente necesidad se presentara el horrible espectáculo de una matanza repugnada por el derecho de la guerra y la ilustración del siglo. [Porque] ellos ciertamente se rindieron confiando en que la generosidad mexicana no haría estéril su sacrificio, pues bajo otra persuasión habrían vendido caras sus vidas y peleado hasta la última extremidad. Yo apreciaba debidamente este duro sacrificio, y

---

<sup>80</sup> *Ibid.*, p.110.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p.14.

por él empuñé mi influjo con el general en jefe para que los librara si era posible de la carnicería, con especialidad a Fanning; más sólo obtuve de S.E. una seria contestación, a que también lo obligaban sus crueles deberes, ratificándome sus órdenes anteriores<sup>82</sup>.

Así el 27 de marzo tocó a don Nicolás de la Portilla, por órdenes del general presidente, llevar a cabo el desenlace de este acontecimiento pasando por las armas a todos los prisioneros, suceso que plasmó en su Diario en el cual también menciona las comunicaciones que escribió Urrea en su empeño por salvar la vida a los “desgraciados prisioneros”. Esta es la razón por la cual nuestro autor utiliza aquella fuente para respaldar sus palabras. He aquí el fragmento del Diario del teniente coronel de la Portilla,

Marzo 26.- Recibi correo del general Urrea a las seis de la mañana. Pide trescientos fusiles y parque, se le mandó todo. Me mandó ochenta prisioneros que había hecho en Guadalupe, con su correspondiente escolta; los incorporé con los otros.- A las siete de la noche recibí un extraordinario de Béjar del Exmo. Sr. general en jefe del ejército D. Antonio López de Santa Anna, previniéndome de que en el momento se pasasen por las armas a todos los prisioneros rendidos a fuerza de armas, con arreglo a las órdenes de la materia (cuya comunicación original conservo). Lo reservé y nadie lo supo más que yo y el coronel Garay a quien se lo comuniqué.- A las ocho de la misma noche recibí extraordinario del Sr. general Urrea, quien entre otras cosas me dice: “trate V. con consideración a los prisioneros principalmente a su jefe Fanning; que se ocupen en reparar la población y hacer cuartel, y que se les dé de comer de las reses que deben venirle a V. de la misión del Refugio” ¡Cruel contraste de órdenes tan contrarias...! pasé toda la noche en inquietud.- Marzo

---

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 18.

27.- Al romper el día me resolví a cumplir con la orden de S.E. el general en jefe porque la consideré superior<sup>83</sup>.

El escrito del señor Portilla, no es el único con el que Urrea documenta aquel hecho. Se basa también en un texto publicado por Ramón Martínez Caro (quien sufrió la prisión junto con Santa Anna después de la derrota en San Jacinto) llamado *Verdadera idea de la primera campaña de Texas*, y nuestro autor lo utiliza porque “háblase en él de la ruidosa catástrofe ocurrida en Goliad con los prisioneros que allí había reunidos, y, aunque hay algunas inexactitudes, sin embargo aparece confirmada [la] verdad [de Urrea] en cuanto [a lo dicho] sobre aquella lastimosa escena”<sup>84</sup>.

Observemos ahora una versión sobre este mismo asunto, que no es tan favorable a Urrea como fueron las de los señores Caro y Portilla, y es la comunicación sobre la rendición de Fanning, que nuestro general envió a Santa Anna y éste contempló dentro de sus documentos, pero que contiene un cambio de palabras que aunque ligero era bastante comprometedor para Urrea. Dejemos que él nos lo explique mejor:

Después de lo que llevo escrito ha tocado en mis manos el manifiesto del Exmo. Sr. General Santa Anna y me ha sorprendido sobre manera una grave errata en el num. 6 de sus documentos, (pag. 49) donde inserta el parte que di a S.E. de la acción del Perdido y la rendición de Fanning [...]. En mi oficio allí impreso (pag. 49 lin. 9) se dice lo siguiente.

Lo está igualmente el jefe Fanning, sus compañeros y más de trescientos soldados (QUE CAPITULARON) que guardaban. Se ha adulterado la frase

---

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 110

contenida en el paréntesis, porque yo escribí - QUE SE TITULABAN – [...] hago esta importante aclaración, porque sin ella resultaría evidentemente probado que en efecto celebré una capitulación con los prisioneros del perdido<sup>85</sup>.

Así concluimos aquel pasaje de la guerra en el que Urrea tuvo que utilizar tantas fuentes como le fue posible para comprobarlo. También aparecen entre sus fuentes de información los convenios de Velasco en los que se expresaba entre otras cosas el cese a las hostilidades<sup>86</sup>.

Al acervo documental que figura en el *Diario* se agrega, por supuesto, la *Representación* de Vicente Filisola, la cual, Urrea revisó fielmente para apuntar todos los errores u omisiones, que él creyó encontrar en cada una de sus páginas. Así, en la siguiente frase nuestro autor dice

El Sr. Filisola ha intentado defenderse de las graves acusaciones que S.E. mismo concreta en la representación que dirigió al gobierno, y las cuales insertó en el num. 25 de documentos. [Por ejemplo] cuando se supo la catástrofe de San Jacinto, dice S.E. a la página 48 de su representación, que la alarma y desaliento fue general en todas las clases, pues era creíble que todos los prisioneros, incluso el presidente, hubieran sido fusilados<sup>87</sup>.

Después de estas palabras Urrea agrega que el 25 de abril Filisola había enviado un oficio al ministerio de guerra en el que decía

El día 18 pidió (el presidente) quinientos hombres a las órdenes del Sr. general Cos y se le remitieron al momento, más todas estas fuerzas fueron

---

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 19. Este parte se encuentra íntegro en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, en el ramo de *Operaciones Militares*, Exp. XI/481.3/1903, f. 10-12. Con la revisión de dicho documento pudimos comprobar que en efecto Urrea dice "(Que se titulaban)".

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 85

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 33.

completamente batidas el 21 a las inmediaciones de New Washington poco más adelante de Harrisburg, sin haberse librado más que tres oficiales y seis hombres<sup>88</sup>.

Con estas palabras, Urrea deseó demostrar que ese argumento que Filisola utilizó no fue un buen motivo para retirar al ejército, porque él sabía de antemano que no todos los participantes de San Jacinto habían muerto. Todo esto demuestra la labor de investigación a que se vio forzado nuestro personaje especialmente con la *Representación* y los documentos de Filisola, en su ahínco por rescatar su verdad sobre los hechos que un día le favorecieron ante la opinión pública y al siguiente lo desacreditaron. Se explica así cómo es que el diario personal de alguien pudo convertirse en una obra historiográfica, con un apoyo documental formal, por decirlo de alguna manera, lo que nos ha permitido hacer de Urrea un historiador del que se puede analizar su tratamiento de fuentes.

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 33.

### 3. La historia para Urrea.

#### 3.1. Concepto y utilidad.

Es común que en las primeras décadas del siglo XIX, muchos personajes del ámbito político se dedicaran a escribir la historia de su época en la que ellos mismos participaron, con el fin de pintar un panorama en el que aparecieran como los héroes o las víctimas. Casi todos los militares de aquella época se vieron involucrados en algún momento en la política. Por tanto, también algunos de ellos escribieron sus historias. José Urrea como uno de esos típicos militares de entonces, se vio en la necesidad de hacer lo mismo cuando al participar en ese vertiginoso mundo político militar tuvo un tropiezo en su ascendente carrera, el cual surgió después de la guerra de Texas. Ahí realizó acciones que se estaban volviendo contra sí mismo. Su alternativa entonces, fue plasmar esas acciones en el *Diario de las operaciones militares*. Éste se convirtió en parte de la historiografía sobre la guerra de Texas y su autor en un cronista de dicha guerra. Así, nuestro cronista utilizó su texto como un medio para conseguir un fin. La historia estuvo a su servicio como un instrumento de defensa. Inteligente elección, si se nos pregunta, pues estamos de acuerdo con las palabras de Louis Marin, citadas por Jacques Le Goff, en las que se manifiesta que “el poder político no puede lograr su cumplimiento, su absoluto, sino mediante cierto uso de la fuerza, que es el punto de aplicación de la fuerza del poder narrativo”<sup>89</sup>. De alguna forma, aquellos personajes de la historia de nuestro país perteneciente a la primera mitad del siglo XIX, debieron creer en ese “poder narrativo”. De ahí que se dieran a la tarea de escribir para encontrar, sino el poder político, probablemente la

---

<sup>89</sup> Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*; México, Paidós, 1991, p.109.

reivindicación. Urrea es uno de ellos. En este plano podemos afirmar que él da a la historia una definición práctica, es decir, la historia funciona para algo, en este caso su absolución. Pero del lado contrario de la absolución siempre está la condena. Y, quien habría de decidir cuál de estos dos rumbos tomaría la justicia eran los “hechos”. En algún momento, al principio de la obra, Urrea dice “pido que se examinen judicialmente mis hechos para vindicarme o recibir el castigo condigno”<sup>90</sup>. Con estas palabras Urrea está llevando a la historia a ser más que un simple instrumento de defensa. En nuestra opinión, con estas líneas el autor además dio a los hechos de la historia la facultad de decidir si era culpable o inocente. O sea, otorgó a la historia la calidad de juez en la causa que se le seguía. ¡Que comprometedoras resultan las afirmaciones anteriores!. Sin embargo esperamos alguna indulgencia por nuestro atrevimiento. Pero creemos no estar muy lejos de la realidad. Si hemos de ampararnos en algún argumento, aparte de las palabras de Urrea, ha de ser en el siguiente: Por qué no pensar en que Urrea verdaderamente extendió su visión sobre los hechos (aunque inconscientemente y sólo por cumplir un objetivo). Por qué no darle esa gracia. Si ya antes, su *Diario* había crecido como una obra de historia. Y esto es verdad, para demostrarlo utilizaremos algunas palabras de Jacques Le Goff.

Para [Herodoto] el testimonio por excelencia es el personal, donde el historiador puede decir: vi, sentí [...]. Esta prioridad acordada al testimonio oral y al vivido perdurará en la historia [...]. Las *Memorias* sin embargo se han ido convirtiendo más en elementos al margen de la historia que en historia misma, dado que la complacencia de los autores respecto de sí mismos [o de su público, agregaríamos en el caso de Urrea], la búsqueda de efectos

---

<sup>90</sup> José Urrea, *op.cit.* p. 1.

literarios, el gusto por la pura narración, las separan de la historia y hacen de ellas un material –relativamente sospechoso- de la historia<sup>91</sup>.

En contrapartida con lo que Le Goff menciona, y en defensa del *Diario*, podemos decir que dentro de éste, Urrea narró los hechos tratando de explicar las causas de los mismos y utilizó pruebas en que apoyarlos. Con esto su escrito dejó de ser una simple memoria y se convirtió en una verdadera obra histórica y él, por su parte, pasó de ser un cronista a un historiador. El terrible problema que presenta el utilizar a la historia como una herramienta de la política es que, no se hace una historia científica en la cual se busca la verdad, pero de estos obstáculos nos ocuparemos en las páginas siguientes.

---

<sup>91</sup> Jacques Le Goff, *op. cit.*, p.110.

### 3.2. El sujeto de la historia y el hecho histórico.

En páginas anteriores indagamos sobre las ideas que José Urrea mostró tener acerca de los movimientos políticos de su época. Basándonos en sus idas y vueltas de una postura centralista a una federalista, a lo largo, por lo menos de las tres primeras décadas de su vida, pues de ahí en adelante sólo se le reconoce como federalista. Pero más allá de su ideología política no sabemos qué concepto acerca de la sociedad tendría, si es que tenía uno. Porque es difícil creer que un militar de principios del siglo XIX, el cual probablemente era poco instruido en menesteres filosóficos, tuviera una reflexión muy profunda sobre sí mismo como miembro de una sociedad. Aunque esta última palabra ya había sido acuñada e incluso Urrea la llega a utilizar<sup>92</sup> pero no para disertar sobre ella. Sin embargo, alguien que si trata el tema de “la sociedad y el individuo” es E. H. Carr, quien identifica que “el individualismo era la base de la gran filosofía decimonónica del utilitarismo”<sup>93</sup>. Si, como afirmamos en el capítulo anterior, José Urrea mira a la historia de una forma utilitaria, entonces sería muy lógico pensar que lo que domina en su escrito es el individualismo. De hecho, así sucede. No pretendemos creer que Urrea haya conocido aquella filosofía, pero si el desarrollo de ésta fue precisamente en su tiempo, es posible que él hubiese sido influenciado inconscientemente por esa tendencia a ensalzar las acciones individuales empezando por las propias, máxime si su escrito se trata de un diario. Por lo tanto, en el *Diario de las operaciones*, los sujetos que hacen la historia, en este caso la de la guerra de Texas, son los individuos, específicamente los hombres de la milicia:

---

<sup>92</sup> José Urrea, *op.cit.*, p. 1.

<sup>93</sup> E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1973, p. 44.

generales, coroneles, tenientes, etc, principalmente los que se baten en el campo de batalla.

Los protagonismos, empiezan, como apuntamos, por el propio Urrea. Así, en la narración existen infinidad de oraciones en primera persona como: “Yo cumpli ocupando los puntos que se me habían señalado”<sup>94</sup>, “yo me ocupé de dar cumplimiento a las órdenes del general Filisola”<sup>95</sup> y “dispuse que no se obedeciesen las órdenes sobre libertad de los prisioneros, y oficié al señor Filisola protestando contra la retirada dando cuenta de todo al Supremo Gobierno por extraordinario”<sup>96</sup>.

En estas palabras se ha hecho presente otro individuo. El antagónico de Urrea, Vicente Filisola. Personaje que también hace lo suyo dentro de la historia de la campaña de Texas de 1836. Sólo que este general, es en quien pesa la deshonra porque de acuerdo al *Diario*, Filisola

guiose por los principios que dominaron su país en una época que ha hecho de su nombre el sinónimo de falsedad y de calumnia y en sus acciones militares se condujo de una manera que ha cubierto nuestra patria de oprobio y sumergídola en desgracias incalculables, que no bastará a reparar lo que falta del siglo<sup>97</sup>.

---

<sup>94</sup> José Urrea, *op.cit.*, p.35.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p.32.

<sup>96</sup> *Ibid.*, p.33.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p.1. No sabemos si aquí Urrea se esté refiriendo al país natal de Filisola (Italia). Pero la forma desprendida de decir “su país” parece indicar que así es. Aún más si se le compara con la frase “nuestra patria”, que dentro de esta misma cita aparece más abajo. Esperamos no ser inoportunos con este comentario al margen, pero nos pareció interesante. Porque de ser cierta nuestra suposición, se estaría comprobando una vez más, como Urrea aprovechó cada aspecto en contra de Filisola para lograr desprestigiarlo. Lo cual no dejaría a nuestro autor muy bien librado como un historiador imparcial. Pero de la imparcialidad de Urrea se hablará más adelante.

Un sujeto más de los que intervienen en este relato es Antonio López de Santa Anna quien al fungir entonces como general presidente aparece dando indicaciones a Urrea y los demás generales, disponiendo los avances, enviando comunicaciones o celebrando tratados. Así también se puede observar a los generales Joaquín Ramírez Sesma, Antonio Gaona, Adrián Woll o Eugenio Tolsá avanzar al mando de sus divisiones contra el bando enemigo. Pero hablar del bando enemigo, en realidad, es un decir. Pues en él las acciones también se individualizaron y quienes saltan a la vista son los jefes norteamericanos que enfrentaron a José Urrea. El Dr. Diego Grant quien hizo acto de presencia en el combate de San Patricio, en el cual murió. El coronel James W. Fanning, el del polémico caso del fusilamiento en Goliad. Mr. Ward, capturado en el puerto Casa de Lim. Otro jefe enemigo cuyo nombre aparece fugazmente en el relato es el de uno a quien Urrea jamás le tocó enfrentar durante la campaña, Samuel Houston. El que hizo prisionero a Santa Anna.

Dentro del mismo escenario de la guerra, pero no precisamente en el campo de batalla estuvieron los hombres que movían los hilos de la política desde el gobierno interino. En el cual, quien tenía una parte muy importante era el secretario de guerra José María Tornel, quien por cierto, durante la guerra dictó algunas providencias, que favorecieron bastante a Urrea.

Todos estos personajes históricos, son los que realizan los hechos narrados en las páginas del *Diario*. Con esta forma de atribuir el desarrollo de los acontecimientos, ya sea a la habilidad o a la torpeza de estos hombres de la milicia, aparentemente José Urrea, cayó dentro del grupo de historiadores que creen que “lo

importante en la historia es el carácter y el comportamiento de los individuos”<sup>98</sup>. Lo que Carr llama “Teoría de la historia de la nariz de Cleopatra”. Si se recuerda, este teórico de la historia afirma: “la tendencia a proclamar al genio individual como fuerza creadora de la historia es característica de las fases primitivas de la conciencia histórica”<sup>99</sup>. Entonces, si (como se trató de establecer al principio de este capítulo) Urrea no pertenecía a un grupo social en el que se practicaran mucho los quehaceres científicos, si puede considerársele en una fase primitiva de la conciencia histórica. Incluso al narrar los hechos de los personajes de menos renombre, como son los subalternos, las acciones se individualizaron en los nombres, por ejemplo, del coronel Agustín Alcerrica o el teniente coronel Nicolás de la Portilla. Sin embargo, Urrea no trata con desdén a las masas, a los individuos que permanecen en el anonimato, a los que T.S. Elliot llama “las vastas fuerzas impersonales”<sup>100</sup> que también –o que principalmente- hacen la historia. Porque Urrea siempre hizo un reconocimiento a su división así como al “ejército mexicano”<sup>101</sup> por el cual sentía gran lamento al observar y vivir en carne propia su situación deplorable.

Ahora nos referiremos a los hechos de estos sujetos y la forma como aparecen narrados en el *Diario* de José Urrea, en el cual pueden identificarse algunas fases importantes de la guerra de Texas, correspondientes a tres personajes principales, fases que hemos de mencionar en orden cronológico. Primero, las batallas de Urrea, en marzo; después, el combate sostenido por Santa Anna en San Jacinto, su prisión y orden de retirada, en abril; posteriormente (obedeciendo dicha orden), la

---

<sup>98</sup> E.H. Carr, *op.cit.*, p.59.

<sup>99</sup> *Ibid.*

<sup>100</sup> *Ibid.*, p.66.

<sup>101</sup> José Urrea, *op.cit.*, p.97.

contramarcha del ejército con Vicente Filisola al frente, también en abril; y por último, la firma de los tratados de Velasco por parte de Santa Anna, en mayo. Puede decirse entonces que estos son los grandes hechos relatados dentro del texto de Urrea, y nos referimos a ellos como grandes hechos porque son los que regularmente figuran en las páginas de algunos libros de historia general de México<sup>102</sup>. Cuando ese tipo de obras abordan la guerra de 1836 casi siempre son esos acontecimientos los que mencionan, aparte de otros que el *Diario* no contiene. Pero la significación de dichos acontecimientos se la ha dado “su relación con otros innumerables hechos”<sup>103</sup> diría Adam Schaff. Pues bien, son precisamente esos “innumerables hechos” los que se narran en la obra de Urrea, que en su caso son las circunstancias sucedidas cada día. Así, por ejemplo, dentro de la primera fase que identificamos con anterioridad y que es la que se compone de los combates de la división al mando de José Urrea, encontramos que los hechos más destacados son, por supuesto, los del propio autor. La marcha de su caballería para reconocer las márgenes de los ríos, las providencias que dictó para recoger víveres, hacer fortificaciones, levantar campamentos, construir balsas para transportar artillería, hacer prisioneros, enviar emisarios para hablar con los colonos quienes en alguna ocasión le informaron la posición del enemigo, entre otros.

La siguiente fase que enunciamos fue la de la aciaga jornada en San Jacinto, que carece de la especificidad con que el autor refirió los hechos de sus batallas, situación que parece lógica porque él no fue participe ni testigo ocular de dicho

---

<sup>102</sup> Véase por ejemplo el *México a través de los siglos* o la *Historia general de México* del Colegio de México.

<sup>103</sup> Adam Schaff, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1974, p.256.

encuentro, y por lo tanto los pormenores no estuvieron a su alcance tan fácilmente. Pero entonces cabe preguntarse ¿Por qué, aunque tampoco estuvo presente en otros momentos de la campaña, algunos de ellos si los describe con especial interés? Schaff contestaría que “el fin que se propone le guía, determinando de este modo la significación precisa que deduce del acontecimiento”<sup>104</sup>. Para ejemplificar mejor esto, podemos observar como Urrea se interesa por resaltar el hecho de que

el general Gaona se dio por perdido en el desierto de Bastrop mientras estaba muy en sus cabales para mancillar el honor militar con acciones vergonzosas, y [...] por otra parte el general Ramírez Sesma empleaba más de veinte días en andar cincuenta leguas que hay de Béjar a la margen izquierda del río Colorado asustado por Houston que huía a su vanguardia<sup>105</sup>.

Nuestro autor habló de todo esto con el fin de contrastar esos torpes movimientos con el acierto de los suyos, y este mismo propósito es el que lo guió en la narración de las acciones de Vicente Filisola, las cuales sobresalen en la parte que relata la retirada del ejército donde Filisola encarnó el espíritu del desastre, porque

abandonó enfermos, municiones y trenes, evacuó puntos que calificaba de insignificantes como el de Goliad y que después ha informádose al gobierno ser muy importante para establecer una línea de operaciones [después] pensando únicamente en retroceder mandó quemar un chalán, que podía servir para que se libertaran algunos dispersos, y su terror pánico llegó al extremo de no permitir que se dejaran ni aún pacas de algodón temiendo sin duda que el enemigo se aprovechara de ellas para inquietar su retirada<sup>106</sup>.

---

<sup>104</sup> *Ibid*, p.272.

<sup>105</sup> José Urrea, *op. cit.*, p.35.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p.38.

La última fase que se mencionó fue la de la firma de los tratados por parte de Santa Anna. Ésta al igual que la de la batalla de San Jacinto carece del detalle con que Urrea narró sus batallas y la retirada del ejército. Lo que le interesa a Urrea no es destacar ese hecho en sí, por el contrario desea hacer notar las reacciones en torno a él, principalmente, las de los otros dos personajes protagónicos del texto, Urrea y Filisola, reacciones que nuestro autor, de nuevo contrapone. En esta ocasión lo que Urrea quiere es que el lector vea que, ante las exigencias de los colonos texanos (hechas en virtud de tratado) él encarnó la fidelidad a la patria mientras que Filisola encarnó la traición, pero dejemos que Urrea nos lo cuente:

No contento el Sr. Filisola con haber suscrito su misma infamia llegó hasta el punto de degradarse usando de un lenguaje humillante y sumiso con los conductores de la ratificación del tratado [de Velasco] para dar una muestra inequívoca de su deferencia o amilanamiento entregó un negro que le servía de cochero y libró orden para que se imitara su conducta en todo el ejército, expidiendo a los enviados un salvo conducto para que recogieran cuanto creyeran pertenecer a los colonos: el general Andrade no les permitió reconocer su campo, y cuando se presentaron en Matamoros con el documento num.37 [el que expidió Filisola] les manifesté que no reconocía su investidura, su gobierno, los tratados, ni obedecía semejantes órdenes, y como ya les había anunciado de antemano que si se me presentaban con tales pretensiones había de tratarlos como merecían, los mandé poner presos después, dando cuenta al gobierno, en represalia de la indigna conducta observada con el general Woll, y esperando por este medio obtener la libertad de algunos de nuestros prisioneros<sup>107</sup>.

---

<sup>107</sup> *Ibid.*, p.39.

En estas líneas se ve como de un hecho se desprenden otros que parecerían menos importantes en relación con el de la firma de los tratados, pero que sin embargo no lo son, ya que ellos generaron otros a su vez igualmente importantes. En ocasiones, como en las batallas de Urrea, los hechos contribuyeron al desarrollo del combate, en otras, como en la firma del tratado, fue un hecho el que dio lugar a los demás, con lo que el texto va de lo particular a lo general o de lo individual a lo colectivo, y viceversa. Pero en ambos casos es el autor quien selecciona qué hechos deben aparecer en el texto “condicionado [dice Schaff] por los intereses de su época, los de la clase a que pertenece, etc.”<sup>108</sup>. Pero en el caso concreto de Urrea condicionado sobre todo por su interés personal.

---

<sup>108</sup> Adam Schaff, *op.cit.*, p.284.

### 3.3. La explicación.

Para la relación de las causas de los hechos encontradas en el *Diario de las operaciones de José Urrea*, tomaremos como referencia la división en cuatro grandes hechos de la guerra, que hicimos en el capítulo anterior y que fueron: las batallas de la división de Urrea, la batalla de San Jacinto, la retirada del ejército y la firma de los tratados de Velasco. Como se recordará se mencionó que algunos hechos particulares fueron la causa de esos grandes hechos, mientras éstos, en ocasiones generaron, a su vez, más hechos particulares.

Así, en el primer gran hecho tenemos que la explicación del triunfo obtenido en las batallas de Urrea se encuentra en aquellos hechos cotidianos (que también enlistamos en el capítulo anterior y que son la construcción de fortificaciones, campamentos, la recolección de víveres entre otras actividades) que durante la guerra prepararon el camino para llevar a la victoria a aquella división. Se ve entonces como el autor expuso esas acciones para demostrar que ellas llevaron a buen término los combates. Por ejemplo, el hecho de hacer prisioneros y no pasarlos por las armas fue con el fin de ocuparlos en tareas para el beneficio de la campaña. A continuación, en palabras de Urrea observaremos uno de estos casos:

mandé al joven Dr. Harrison que tenía prisionero (hijo de un general de los Estados Unidos) a las colonias con la comisión especial de que hablase a los colonos que no hubiesen tomado las armas y les ofreciese seguridad y protección de parte del ejército. Más tarde se verá que esta providencia no quedó sin fruto<sup>109</sup>.

---

<sup>109</sup> José Urrea *op.cit.* p. 21.

Esta providencia surtió sus efectos cuando Urrea llegó a Brazoria y los colonos le dieron su ayuda, pero a continuación expondremos la frase que narra este episodio y se observará como al final da un giro en la explicación de los hechos.

Me ofrecieron [los colonos de Brazoria] entre otras cosas poner a mi disposición la isla de Galveston, pidiéndome antes garantías para las muchas familias que se habían refugiado en ella y en el fuerte de Velasco. Yo los tranquilicé en esta parte y les ofrecí concederles cuanto pendiera de mi arbitrio, porque estaba íntimamente convencido que la política y una conducta filantrópica y humana, harían tanto o más que las armas para la pronta conclusión de la campaña. Una muy triste experiencia lo ha acreditado así, y la ciega fatalidad que persigue nuestros destinos cegó entonces a nuestro gobierno.

Mucho era el partido que podía sacarse de la buena disposición en que se hallaban los colonos de Brazoria, y yo me proponía aprovecharme de ella, ignorando que el suceso desgraciado acaecido el día anterior [21 de abril batalla de San Jacinto] iba a echar por tierra las halagüeñas esperanzas, haciendo inútiles tantos sacrificios y las víctimas inmoladas hasta entonces, para no recoger otro fruto que la ignominia y vergüenza eterna de una retirada innecesaria<sup>110</sup>.

Al principio de este párrafo aparece lo que fue el efecto de la comisión designada al Dr. Harrison pudiendo verificar el fenómeno de causa efecto en la narración. Pero en la segunda parte cuando las diligencias que se presumían provechosas no dieron tan buen resultado y la explicación estuvo fuera del alcance del autor, éste hizo lo que para Montesquieu, en el *Espíritu de las leyes*, era absurdo, “suponer que un sino ciego ha sido causa de cuantos efectos vemos en el mundo”<sup>111</sup>. Asimismo, cuando en

---

<sup>110</sup> *Ibid.* p.23-24.

<sup>111</sup> Carr, *op.cit.* p.118.

otra ocasión, de nuevo la explicación lógica se le escapa de las manos, José Urrea culpa al azar. Por ejemplo, al describir el día previo a la victoria de Goliad, en el que no pudo batir al enemigo, dice:

Colocado de nuevo a la cabeza de la caballería sobre uno de los frentes, todas nuestras fuerzas llegaron hasta cincuenta pasos del cuadro, y un tan denodado esfuerzo de parte de nuestros bravos soldados merecía ser coronado con la victoria, pero la fortuna se negó a favorecernos<sup>112</sup>.

Esto obedece, otra vez, a la situación que vivía el autor dentro de su grupo social en el momento de escribir su libro. Carr expone que “en un grupo o en una nación que navega por los acontecimientos históricos con vientos adversos, las teorías que destacan el azar o el accidente en la historia son las que prevalecen”<sup>113</sup>. Así como también suele pasar que quienes sufren todavía los efectos de un hecho pueden dejarse envolver por los “pudo ser pero no fue”, como Urrea cuando dice que “el presidente [Santa Anna] había formado desde el principio un plan de operaciones que había comunicado a sus generales y que, reducido a prácticas, habría producido todo su resultado”<sup>114</sup>. Pero este obstáculo, dice de nuevo Carr, es un

problema de la historia contemporánea [en donde] viven quienes recuerdan la época en que todavía existían todas las opciones, y les parece difícil adoptar la postura del historiador para quien han quedado todas canceladas por el hecho consumado. Estamos ante una reacción puramente emocional y ahistórica<sup>115</sup>.

---

<sup>112</sup> José Urrea *op.cit.* p. 13.

<sup>113</sup> Carr, *op.cit.* p. 135.

<sup>114</sup> José Urrea *op.cit.* p.35.

<sup>115</sup> Carr, *op.cit.* p.131.

¡Ahistórica!. Nos perturbó tanto esta palabra. En verdad no ha sido nada fácil curar en salud a Urrea como historiador, porque siempre han sido muy relevantes las intenciones de su escrito y la mordacidad en sus palabras. Sin embargo, a medida que se ha conocido su texto puede notarse que lentamente y es posible que sin conciencia, evolucionó, pasando de una etapa ahistórica a una histórica primitiva, por decirlo de alguna forma. Por eso es que en páginas atrás lo habíamos ubicado dentro del grupo que profesaba la “Teoría de la historia de la nariz de Cleopatra” en la cual “la historia consiste [...] en una serie de acontecimientos determinados por coincidencias fortuitas y tan sólo atribuibles a las causas más casuales”<sup>116</sup>. Precisamente, estos son los rasgos que caracterizan al accidente sucedido durante la guerra de Texas llamado, batalla de San Jacinto, el cual vino a desatar una serie de acontecimientos que finalmente llevaron al fracaso de la campaña. La explicación de este hecho, dada la tendencia del autor de atribuir los acontecimientos al genio individual, se encuentra en efecto en el proceder de un hombre. Pero con desconcierto se encuentra el lector que no es Santa Anna (el personaje que identificamos anteriormente con el suceso de San Jacinto) quien resulta culpable del desastre de dicho acaecimiento, sino Filisola, cedamos la palabra a nuestro autor.

Si queremos dar una ojeada sobre algunas de las causas que pudieron influir en la desgracia de San Jacinto, hallaremos que la torpeza o poca previsión del Sr. Filisola tuvo bastante parte: dejaré hablar al Exmo. Sr. general Santa Anna sobre este particular: dice S.E. a la página 67 de su manifiesto “contrayéndome a las faltas con que algunos de mis subordinados causaron directa o indirectamente la lamentable catástrofe de que me ocupó, observaré

---

<sup>116</sup> *Ibid.* p. 131.

a V.E.: que el general Filisola me mandó reclutas de refuerzo cuando pudo enviarme antiguos soldados [...]"<sup>117</sup>.

Por otra parte, respecto de los resultados a que dio lugar la retirada del ejército, con mayor razón se achacan a Filisola por ir él al frente de ese paso retrógrado. En las siguientes líneas se verá cómo José Urrea arremete con vigor en contra de Vicente Filisola por no haber continuado el desarrollo de la campaña.

Si la república es vilipendiada y amenazada por la ambición de una nación vecina, si ha inmolido sus hijos estérilmente, si pierde la más bella porción de su territorio, si la insulta un puñado de extranjeros rebeldes, si ha perdido sus conquistas, si se ha desmoralizado una parte del ejército, si sus arcas están exhaustas, si ha dilapidádose el tesoro público en gastos infructuosos, si los pueblos gimen hoy agobiados bajo el peso de duras leyes fiscales, si el enemigo ha cobrado aliento y obtenido refuerzos, si es necesario abrir una nueva campaña y multiplicar las víctimas y los sacrificios de todo género, si la independencia nacional se encuentra en peligro, si su pabellón ha sido insultado, si todos los ramos de la sociedad se encuentran desordenados porque se carece de medios aun para sufragar los más insignificantes gastos, si la paz interior llega a alterarse y las costumbres, la moral y el siglo retroceden en nuestro infeliz país; al general Filisola lo deberá en la mayor parte y los pueblos lo atarán como al cruel instrumento de su desgracia, [...] porque su inepticia o falta de energía abrió los diques al torrente de calamidades que nos cercan, cuando para detenerlos y cambiar en gloria la faz de la nación, le bastaba dar un paso que imperiosamente le prescribían el honor y el deber a que faltó pueril y vergonzosamente. La precipitada y oprobiosa fuga que emprendió en Texas al frente de un enemigo vencido en todas partes, y que ha querido disfrazarse con el honesto título de retirada: he aquí una fuente de nuestras calamidades presentes y futuras, he aquí el sello de la afrenta

---

<sup>117</sup> José Urrea, *op.cit.* p. 38.

nacional, sello que nos ha impreso y calamidades que nos ha acarreado el general Filisola<sup>118</sup>.

Si bien es cierto que, como Urrea dice, Filisola no previno “el aliento y orgullo que adquiriría el enemigo, los inmensos sacrificios que debían hacerse para reconquistar el territorio abandonado y [...] las pérdidas que causaba la retirada”<sup>119</sup>, también es verdad que, como alega Montesquieu en defensa de las leyes de la historia contra la “intromisión” del accidente:

Si una causa particular, como el resultado accidental de una batalla [junto con la retirada del ejército agregaríamos en este caso], ha reducido un Estado a la nada [...] es porque había una causa general que hizo que dicho Estado pudiese hundirse con una sola batalla<sup>120</sup>.

El propio Urrea posteriormente encuentra el motivo de todos esos males que primero achacó a una sola causa en otra, la falta de recursos del ejército. Cuando le tocó estar al frente de aquél, esta es la causa con la cual explica el fracaso en su intento por seguir adelante con la campaña diciendo “si hubiera mandádoseme la escuadrilla y puéstose a mi disposición la cuarta parte de los gastos que se han erogado en preparar la segunda expedición, hoy tremolaría el pabellón mexicano en Texas”<sup>121</sup>.

Por lo que toca a la firma de los tratados, ya se ha mencionado que este suceso fue la causa de hechos individuales que tienen que ver con la afrenta que sufrieron los miembros del ejército al tener muchas veces que mostrarse sumisos ante las órdenes humillantes contenidas en los artículos de aquel infausto pacto (situaciones que ya se

---

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 1-2.

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>120</sup> Carr, *op.cit.*, p. 135.

<sup>121</sup> José Urrea, *op.cit.*, p. 46.

narraron en el capítulo del hecho histórico. Véase la nota 107). Así podemos decir que José Urrea pasó de ser un cronista a un historiador porque apuntó las causas de los hechos, como lo menciona Schaff en este enunciado: “De modo contrario a la crónica, la historia explica los fenómenos de que habla”<sup>122</sup>.

---

<sup>122</sup> Adam Schaff, *op. cit.*, p. 291.

### 3.4. Los criterios de verdad y objetividad.

A lo largo de estos últimos capítulos se ha insistido, en la posición que ocupaba José Urrea dentro de la sociedad de su época y como éste factor influyó enormemente en la tarea que sin querer emprendió como historiador. En este empleo que se le ha asignado, nuestro autor con su escrito se ha encontrado obstáculos que con dificultad, pero creemos que con cierto éxito, ha librado. Sin embargo, llegamos al punto en que el obstáculo es mucho mayor, pues a la contienda por la objetividad ha llegado Urrea bastante golpeado, porque desde siempre en su obra se ha extralimitado en su afán por defender sus propios intereses. Como observamos, en muchos de los momentos que narra en el texto, se muestra completamente apasionado y parcial, a pesar de que al principio prometió hablar con la “verdad”, ya que consideraba “que todos revelan lo que puede importarle, que algunos faltan criminalmente a la verdad y aún calumnian, que los hechos se desfiguran, que la opinión se extravía, y que solamente guardo silencio”<sup>123</sup>. Pero no por esto queremos decir que todo lo que Urrea relató sea mentira, sino que simplemente seleccionó los hechos de tal forma que corroboraran lo que él quería comprobarle al público, su buena actuación en la guerra. Quizás la prueba más contundente es que, astutamente la narración llega hasta donde él apareció como héroe dentro de la campaña, el resto de ésta en que se trasluce su impotencia para salvar los escollos y continuar la pugna, lo omite. No obstante podríamos apelar que la subjetividad es inherente al historiador, pero si tomamos en cuenta las palabras de Paul Ricoeur acerca de que existen una “buena” y una “mala” subjetividad, con alguna decepción veríamos que

---

<sup>123</sup> José Urrea, *op.cit.*, p. 2.

nuestro autor, irremediamente cae en la segunda cuya procedencia es de “fuentes extracientíficas tales como el interés personal, la animosidad hacia una persona [sobre todo ésta en el caso de Urrea], los prejuicios contra ciertos grupos humanos, nacionales, étnicos o sociales por ejemplo”<sup>124</sup>. Son innumerables las situaciones que Urrea relató, en las que se esforzó por demostrar la falsedad en las declaraciones de Filisola. A continuación hay una frase que resume el sentir de nuestro autor hacia su contrincante. “El Sr. Filisola ha faltado abiertamente a la verdad en cuanto dice dando por cierto cosas que no hizo, ocultando las que le perjudican, negando las que me honran”<sup>125</sup>. Acaso Urrea algunas veces, no hizo lo mismo. No obstante, este furor de Urrea no es sino otro punto de vista, otra “perspectiva”, diría Mannheim, que al ser multiplicada con varias, nos ofrece “una visión más completa, más global, del objeto”<sup>126</sup>. Es por eso que la visión de su adversario Vicente Filisola sobre el mismo hecho es igualmente importante. Así bajo el riesgo de parecer chocantes nos aunamos a los optimistas “quienes, al considerar el progreso del saber humano como una acumulación de verdades parciales, ven una nueva etapa de este progreso en cada superación de uno de los límites del progreso”<sup>127</sup>.

---

<sup>124</sup> Adam Schaff, *op.cit.*, p. 340.

<sup>125</sup> José Urrea, *op.cit.*, p. 38.

<sup>126</sup> Adam Schaff, *op.cit.* p. 345.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 344.

#### 4. Urrea vs. Filisola: la polémica.

##### 4.1. Filisola y Urrea. Contrastes y paralelismos.

En 1788, al otro lado del mundo, en Italia, nació un peculiar individuo que fue partícipe de algunos episodios de la historia de nuestro país, Vicente Filisola<sup>128</sup>. Casi diez años después, en 1797, en lo que hoy es Sonora, vio la luz por primera vez, José Urrea. Para cuando finalizó el siglo XVIII, estos dos niños habitaban y crecían en el mundo sin saber, probablemente, que sus vidas estarían dedicadas a la milicia, y mucho menos, que en algún momento se enfrentarían.

Vicente Filisola inició la carrera de las armas en el Regimiento Fijo de Buenos Aires, en 1804<sup>129</sup>. José Urrea comenzó sus servicios castrenses en la Compañía Presidencial de San Carlos Buenavista, en 1807. Filisola llegó a la Nueva España en 1811<sup>130</sup>, cuando ésta recién había iniciado su guerra de emancipación de la metrópoli española. Ambos participaron en dicha guerra combatiendo al grupo insurgente y los dos se apegaron al Plan de Iguala al término de la lucha en 1821<sup>131</sup>, mismo año en que Filisola obtuvo el grado de general de brigada<sup>132</sup>.

Con aquel plan conciliador dio inicio el Imperio Mexicano que a pesar de aparecer en esos momentos como la opción ideal para constituir una nueva nación, no fue considerado de igual modo por la capitania general de Centro América. Ahí comenzó a reinar el desorden porque las opiniones se dividieron entre los que deseaban incorporarse al nuevo imperio, como fue el caso de Chiapas, y los que

<sup>128</sup> Miguel Soto. "Vicente Filisola", en *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, edit. UNAM, 1997, vol. III, p. 203.

<sup>129</sup> *Ibid.*

<sup>130</sup> *Ibid.*

<sup>131</sup> *Ibid.*

<sup>132</sup> *Ibid.*, p. 204.

anhelaban ser un país independiente como Nicaragua y Honduras. Para sosegar la situación, el “caudillo de Iguala” Agustín de Iturbide, envió una división al mando de Vicente Filisola, con quien tenía amistad, éste logró aquietar los ánimos y se ganó el reconocimiento de “jefe político superior y comandante general de las armas de aquellas provincias”<sup>133</sup>. Más o menos por aquellos años (1820-21), actos muy diferentes y pocos honrosos realizaba el teniente José Urrea fugándose del Regimiento de Frontera de Colotlán. Además pesó sobre él la acusación de haber llevado consigo el presupuesto de un mes de aquel cuerpo de frontera, dato sobre el cual no hemos encontrado documento alguno que lo compruebe. Por su parte, la gestión de Vicente Filisola en Centro América continuó un par de años más hasta que vientos republicanos amenazaron con derrumbar el imperio iturbidista. Aquellas provincias (con excepción de Chiapas) decidieron declarar su independencia y constituirse en república federal con el título de “Provincias Unidas de Centro América”. Ello, gracias a una mayoría separatista reunida en un congreso, convocado por el propio Filisola el 24 de junio de 1824<sup>134</sup>, quien dejó testimonio escrito en *La cooperación de México en la Independencia de Centroamérica*.

Ya instalada la República Federal en 1824 los golpes de estado se suscitaron uno tras otro y Urrea casi invariablemente los apoyó, mientras Filisola no fue partidario de ellos, o al menos no tan abiertamente, porque incluso sabemos que se opuso al que llevó a Vicente Guerrero a la presidencia<sup>135</sup>. Sin embargo fue una de esas rebeliones la que llevó a Anastasio Bustamante a ocuparse del ejecutivo en 1830.

---

<sup>133</sup> Enrique Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, Tomo VII, p.49.

<sup>134</sup> *Ibid*, p.98.

<sup>135</sup> Miguel Soto, *op.cit.*, p.204.

Administración que resultó favorable tanto para Urrea, quien obtuvo la Secretaría de la Comandancia de Durango, en ese año, como para Filisola que recibió una concesión de tierras en Texas, en 1831<sup>136</sup>. Asimismo, en 1832, ambos apoyaron el levantamiento contra Bustamante. Por esto, en enero siguiente (1833), el nuevo gobierno de Manuel Gómez Pedraza, otorgó a Filisola la Comandancia de los Estados Internos de Oriente, y a Urrea le renovó su nombramiento de Comandante General de Durango<sup>137</sup>. No obstante, Filisola desempeñó ese cargo solamente un año, y se ausentó unos meses, después de los cuales volvió para ocuparse del Supremo Tribunal de Guerra<sup>138</sup>.

Llegó el año de 1835 y con él sucesos importantes en la vida de nuestros personajes. En mayo, Urrea colaboró en las filas de Antonio López de Santa Anna para derrumbar el último estandarte federalista representado por Zacatecas, cuando se veía venir sobre la república un sistema central. En noviembre, Filisola asistió al comienzo de la campaña preparada para someter a las provincias rebeldes de Texas, y en diciembre fue nombrado el siguiente al mando, por el general en jefe, Santa Anna<sup>139</sup>.

Fue en 1836 que las carreras de nuestros biografiados se encontraron por primera vez juntas en el mismo escenario, la guerra de Texas. En ella sucedió la desgraciada derrota de Santa Anna en San Jacinto, por la que éste ordenó a Filisola la retirada del ejército mexicano. Misma que Urrea criticó. Con esto, primero Filisola<sup>140</sup>

---

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 204.

<sup>137</sup> Enrique Olavarría, *op.cit.* p. 308.

<sup>138</sup> Miguel Soto, *op.cit.* p. 204.

<sup>139</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>140</sup> *Ibid.*, p. 205.

y luego Urrea se convirtieron en jefes del ejército interinamente. Pero ninguno logró continuar la guerra con éxito. Por el contrario, los dos comenzaron a reñir, haciendo declaraciones sobre actos realizados por uno y otro durante la campaña que, entorpecieron y aun contribuyeron al fracaso de la misma. Nunca se realizó juicio formal en contra suya, aunque ambos solicitaron ser juzgados solemnemente. No obstante, lo que resultó de todo esto fue la designación, de nueva cuenta, de Vicente Filisola como jefe del ejército, quien tuvo la encomienda de reiniciar la guerra contra los texanos, en 1837<sup>141</sup>, apenas un año después de su destitución. Urrea por su parte se retiró al Departamento de Sonora. Después de estos hechos, los caminos de los generales volvieron a separarse, quedando sembrada entre ellos una enemistad irreconciliable hasta después de sus muertes.

Entre los años de 1837 y 1840 en que ya regía el sistema republicano central, José Urrea se dedicó a seguir o encabezar movimientos en su contra. Uno de éstos lo enfrentó nuevamente con Filisola, quien combatió en 1840 a los federalistas en la capital del país<sup>142</sup>.

Los años de relativa calma llegaron para los protagonistas de nuestra historia a principios de aquella década de los 40. Urrea como gobernador de Sonora y Filisola de nuevo al frente del Supremo Tribunal de Guerra<sup>143</sup>. Vino después la guerra con los Estados Unidos en 1847 y Filisola “presentó un plan de campaña para combatir al ejército invasor [pero] en realidad no participó en el conflicto activamente”<sup>144</sup>. Urrea

---

<sup>141</sup> *Ibid.*

<sup>142</sup> *Ibid.*, p.206.

<sup>143</sup> *Ibid.*, p.206.

<sup>144</sup> *Ibid.*

operó en Nuevo León, pero la gloria que significó Goliad, San Patricio o Encinal del Perdido había quedado en 1836. Por último otra similitud entre ellos es la curiosa forma de su muerte, pues ambos fueron víctimas del cólera, sólo que esta vez Urrea se le adelantó un año a Filisola en 1849.<sup>145</sup>

---

<sup>145</sup> *Ibid.*

#### 4.2. Entre Representaciones y Memorias que reivindicán.

Al pensar en un autor que pudiéramos comparar con la obra de José Urrea de inmediato se impuso el nombre de Vicente Filisola. Su obra ofrece la posibilidad de observar las diferencias y similitudes con el escrito de Urrea, no sólo dentro del estilo literario, sino además con respecto a la versión que cada uno da sobre los acontecimientos de la guerra de Texas. Ahí las opiniones y formas de proceder de ambos chocaron. Se originó una disputa personal y una polémica por sus acciones que llevó a cada uno a escribir sobre el mismo hecho. Todo esto aunado a los contrastes y paralelismos que apuntamos en el anterior apartado, hace aún más interesante la comparación entre los textos de Urrea y Filisola, que pretendemos realizar.

La producción historiográfica de Vicente Filisola es mayor que la de José Urrea, quien solamente publicó el *Diario de las operaciones militares*. Filisola tiene en su haber, *La cooperación de México en la independencia de Centroamérica* y un escrito del cual nos ha parecido necesario hablar, por ser el antecedente y una de las causas por las cuales Urrea publicó su *Diario*. El título completo de la obra de que hablamos es *Representación dirigida al Supremo Gobierno por el general Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe del ejército sobre Tejas*. Fue publicada en 1836 por la imprenta de Ignacio Cumplido, unos meses después de terminada la campaña y de la destitución de Filisola como jefe del ejército.

La *Representación* consta de ochenta y dos páginas. El cuerpo del texto se subdivide en dos partes. La primera es donde se exponen los hechos de la campaña y la segunda la forman los documentos de apoyo. Aunque no tiene una introducción

formal, el autor explica al principio, el objetivo que persigue: su justificación ante “las especies que se han producido contra él, unas enteramente equívocas otras falsas y maliciosas, y otras vertidas con poco examen y alguna ligereza, ya en varias comunicaciones oficiales, ya en el diario del supremo gobierno”<sup>146</sup>. Además afirma que,

no es el espíritu de venganza quien conduce mi pluma, ni diré sino lo estrictamente necesario a mi justificación: la amargura de la expresión usada contra mí tampoco será un arma defensiva; pero la verdad que se debe al gobierno, la verdad que debe conocer V.E., no será sacrificada a consideraciones del momento, porque las circunstancias pasan y la verdad es de todos los tiempos y pertenece en propiedad a la moral privada y pública<sup>147</sup>.

Sobre la *Representación* debemos advertir que con respecto a la descripción de los acontecimientos, no tienen un orden cronológico estricto. Se van relatando en la medida que Filisola los va necesitando para refutar algunos puntos de las acusaciones contra su actuación en la campaña de Texas y que aparecieron publicados en diversos diarios del país. Veamos por ejemplo, lo que dice uno de ellos,

que la derrota no esperada de la división de vanguardia que acaudillaba el general presidente y su infausta prisión, introdujo un desconcierto tal, que el ejército hizo un movimiento retrógrado en el que fue sucesivamente perdiendo sus conquistas, sin que el enemigo se atreviese a presentar la cara ante una fuerza que le era superior, y que en un nuevo encuentro hubiera podido encadenar la victoria<sup>148</sup>.

---

<sup>146</sup> Vicente Filisola, *Representación dirigida al Supremo Gobierno*, p.3.

<sup>147</sup> *Ibid.*, p.4.

<sup>148</sup> *Ibid.*, p.5.

Es interesante observar la manera como contesta Filisola a lo dicho en este punto. La primera parte donde se habla del “desconcierto” del ejército al saber la derrota del general presidente es contrarrestada por Filisola diciendo que “la acción desgraciada del 21 de abril próximo pasado y la prisión del presidente, no pudieron introducir ningún desconcierto en el ejército, porque no puede destrozarse lo que no existe”<sup>149</sup>. La segunda parte se refiere a que si el ejército mexicano hubiera dado un nuevo golpe habría conseguido un triunfo, porque en su retirada el enemigo no se les había presentado otra vez. Esto no le pareció cierto a Filisola pues el enemigo, dijo, “después de los primeros reveses, había adoptado el plan de quemarlo todo y retirarse”<sup>150</sup>. El relato sigue en la forma que ya mencionamos y de paso resta importancia a los combates de José Urrea. Filisola asegura que la relevancia que Urrea les dio es un

hacinamiento de fanfarronadas y petulancias, vacías de toda razón y que denotan la falta de meditación, o el atrevimiento del que las dirige a un superior con solo el objeto de zaherirlo, de hacer alarde de ellas y de su irrespetuosidad ante el supremo gobierno, y al público, por medio de una inserción y de la imprenta<sup>151</sup>.

Aunque no con la misma saña, también habla el autor de lo que hizo Santa Anna, a quien lo hace aparecer o lo califica de muy confiado:

Después de la toma del recinto del Alamo acontecida el día 6 de marzo, y la insignificante ventaja [conseguida por Urrea, por cierto] de la muerte del Dr. Grant con la que veinte aventureros y tres mexicanos que lo acompañaban, acaecida el día 2 del mismo mes, y de la que se tuvo noticia en Béjar el día 7;

---

<sup>149</sup> *ibid.*, p. 8.

<sup>150</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>151</sup> *Ibid.*, p. 28.

ya supuso el presidente general en jefe que los enemigos no volverían a dar la cara, y que de consiguiente la guerra estaba concluida<sup>152</sup>.

Por otro lado, los documentos en que se apoya el texto, consisten en la correspondencia entre los generales participantes, el secretario de guerra José María Tornel y el gobierno. De hecho parecería que todo el texto es una gran carta en la que Filisola se dirige al "Sr. Exmo". De quien se despide sentidamente diciendo:

Al fin [...], los señores generales Urrea y Fernández [Francisco Vital] obtuvieron el más feliz suceso, mi descrédito, el mando, los ascensos, lo que todo esto puede producir, y ojalá todo tenga por resultado el honor y el servicio de la república. Yo entretanto que el tiempo resuelve el problema de quien ha obrado con más rectitud de intención, descansando en mi conciencia y en la justificación de los jueces que hayan de juzgarme, permanezco tranquilo, y me creo con derecho para pedir a V.E., que si lo expuesto por mi merece su consideración, se sujete igualmente a un examen judicial la conducta de aquellos generales [...]. En consecuencia de todo: A V.E. suplico se digne decretar como llevo pedido, pues es así de justicia.- México, agosto 19 de 1836.- Exmo. Sr. Vicente Filisola<sup>153</sup>.

Y en efecto el tiempo resolvió el asunto, la justificación llegó y Filisola fue absuelto totalmente por las autoridades gubernamentales al no seguir el procedimiento en su contra, solicitado en las acusaciones periodísticas. En contrapartida, se encontró con la noticia de su nombramiento como general en jefe del ejército, en 1837, "así es que volvió al mando lleno de disgusto y desconfianza, especialmente cuando reconoció que la situación [...] del ejército hacía ver [...] la imposibilidad de poder abrirse de

---

<sup>152</sup> *Ibid.*, p.8-9.

<sup>153</sup> *Ibid.*, p.

nuevo la campaña”<sup>154</sup>. No obstante aceptó, y por espacio de un año aproximadamente, trató inútilmente de reiniciar las operaciones militares.

Anteriormente hablamos de la actividad de Vicente Filisola en los años posteriores a la rebelión de Texas. Pudo observarse como a lo largo de ellos, Filisola desempeñó cargos en el gobierno, combatió a los federalistas, por lo que los problemas que tuvo por la guerra de Texas fueron quedando en el olvido. Entonces, si su reivindicación fue plena, ¿por qué doce años más tarde decidió publicar una historia de la misma lucha que obviamente atraería de nuevo la atención hacia sus acciones que en años anteriores habían sido consideradas como un error?. He aquí nuestra respuesta. Esa historia que lleva como título *Memorias para la historia de la guerra de Texas, por el Sr. General de división y actual Presidente del Supremo Tribunal de guerra y marina de la república Don Vicente Filisola*, apareció en una época de bastante agitación en nuestro país. Esto debido a que recién había terminado una desastrosa guerra con los Estados Unidos. Conflicto devastador y muy doloroso en el que México perdió gran parte de su territorio, cuando se firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo, en 1848.

Muchas plumas de la época decidieron escribir reflexivamente sobre los hechos que lo causaron, muestra de ello son los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. Pero no solamente escritores mexicanos se interesaron en esta tarea, también extranjeros, como lo da a conocer el periódico *El Universal* al hablar de la *Historia de la República de Texas* de Mr. Doran Maillard, misma que aquel periódico quiso confrontar “con otra historia salida de una pluma

---

<sup>154</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, 1849, tomo II, p.4

mexicana<sup>155</sup>. Y para la realización de este objetivo, qué mejor que la historia de Vicente Filisola, protagonista de la primera campaña de Texas, el prelude de la guerra con los Estados Unidos. Filisola era alguien que además estaba interesado en aclarar muy bien su participación en aquella campaña y probablemente desviar con ello el hecho de que fuera poseedor de tierras en Texas. Lo que lo convertía en parte del grupo de los especuladores, tan criticados por considerárseles traidores. Todo esto lo explican mejor los propios editores en la introducción de las Memorias:

habiendo merecido de la generosidad del Exmo. Sr. General Vicente Filisola, el favor de leer y tener a nuestra disposición las memorias que ahora publicamos y que hace tiempo había estado trabajando, en cuya narración y documentos justificativos encontrarán nuestros gobernantes y nuestros conciudadanos de todas clases las noticias más importantes y más imparciales de los sucesos y de las consecuencias que de ellos se han eslabonado hasta producir el conflicto en que últimamente hemos visto comprometida nuestra independencia y nacionalidad; decididamente hemos resuelto preferirlas para el mayor obsequio de nuestros suscriptores, y facilitar la ejecución de nuestro primitivo y ya indicado pensamiento<sup>156</sup>.

Ahora, por lo que respecta a la redacción de las *Memorias*, es probable que ésta hubiese estado a cargo de un escritor llamado Agustín Escudero. Hecho que resulta un tanto intrincado, debido a que existieron dos licenciados con el mismo nombre y apellido, cercanos a Filisola, que pudieron escribir la obra, pero aún no ha podido saberse cual de los dos emprendió la tarea. Como sea, si hemos hecho hincapié en este dato, es porque se dice que la redacción de las *Memorias* dejó insatisfecho a

---

<sup>155</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, 1848, tomo 1, p.3.

<sup>156</sup> *Ibid.*, p.4.

Vicente Filisola<sup>157</sup>. Entonces decidió redactar él mismo una nueva versión que publicó apenas unos meses después de haber salido a la luz la primera. Al encargar Filisola la redacción de su escrito a alguien más, pudo tal vez imaginarse que en alguna ocasión podría vertirse en el texto la opinión personal del escritor. Sin embargo es posible o casi seguro que posteriormente Filisola observara que de esta forma, el relato le restaba crédito. Pues incluso una de las notas a pie de página dice contundente “nota del redactor de estas memorias”<sup>158</sup>. Otra cuestión que puede haber influido en la inconformidad de Filisola es la de haberse utilizado fuentes de apoyo ajenas a sus memorias, para describir la parte de la historia que justamente le interesaba, las operaciones de 1836, si no véase lo que anuncia el redactor:

He aquí como comenzaron las operaciones de la campaña de Texas en el mes de marzo de 1836, y a las que siguieron los grandes sucesos y más grandes todavía por sus consecuencias, de todo aquel memorable y funesto año. Mas como solamente hasta aquí llegan los apuntamientos, autógrafos de que hemos venido tejiendo nuestras relaciones, fuerza es que las continuemos apoyando en las de otros escritores o testigos que nos merezcan confianza, pero que no pudiendo responder de ellos como por las del autor también nos parece conveniente hacerlo advertir a nuestros lectores, entre tanto que volviendo a tocar de los sucesos posteriores en que tuvo parte el mismo autor, puede hacerse percibir que se han tomado de la misma pluma que los que hasta aquí van referidos<sup>159</sup>.

Según nuestro punto de vista esto resulta una exclusión hacia Filisola, a pesar de que el redactor se disculpa con el autor por “incurrir en algunos descuidos que han

---

<sup>157</sup> Miguel Soto, *op.cit.*, p.202.

<sup>158</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, 1848, Tomo I, p.500.

<sup>159</sup> *Ibid.*, tomo II, p.390.

podido dar lugar a que se entreviese que ha sido más de una la mano que lo ha escrito”<sup>160</sup>. Pero a todo lo anterior se suma algo aún más interesante, la aparición en el libro de los datos correspondientes a la concesión de tierras hecha a Filisola el 12 de octubre de 1831<sup>161</sup>. Es curioso ver como los terrenos de Filisola colindaban con los de Esteban F. Austin y David G. Burnet. Este último sería con quien Santa Anna celebraría algunos años más tarde en plena campaña de Texas los tratados de Velasco. Por lo cuales se ordenó principalmente cesar las hostilidades por parte de las tropas mexicanas en contra de los colonos texanos.

Así tanto la información que el público no debía saber, por no convenirle esto a Filisola, como las omisiones en que caen las *Memorias*, conforman las posibles causas que orillaron al autor a emprender la realización de un nuevo libro.

La segunda versión de las *Memorias*, empero, justifica muy bien aquellas omisiones de la primera publicación diciendo que en ella las operaciones de la guerra están concebidas [...] en términos [...] sucintos sin los detalles necesarios para hacer conocer todo lo que el ejército mexicano trabajó y sufrió y cuan poco merecedor fue del resultado que tuvieron sus padecimientos y heroica constancia a consecuencia de no haber tenido a la mano entonces los datos que podían hacerlos conocer porque la persona que los poseía no los quiso franquear por consideraciones nacidas de sentimientos llenos de nobleza le fue preciso al amigo que redactaba las referidas *Memorias* contentarse con dar al público puramente lo que constaba en los documentos que tuvo a la vista<sup>162</sup>.

De esta manera comenzó Filisola su nuevo relato, creemos que a su entera satisfacción y terminamos de contar como se dieron aquellas dos ediciones de las

---

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 4-5.

<sup>161</sup> *Ibid.*, tomo I, p. 564.

<sup>162</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, 1849, tomo I, p. 4

*Memorias*. Lo cual era absolutamente necesario decir, porque servirá para entender por qué el contenido de una y otra edición, no es igual, a pesar de que ambas llevan exactamente el mismo título. Ahora pasaremos a describir la estructura y el contenido de cada una.

Las *Memorias para la historia de la guerra de Texas*, fueron publicadas por primera vez entre 1848 y 1849, ya que salieron, “sirviendo [...] de materia al folletín de *El Universal*”<sup>163</sup>. Las imprimió la Tipografía de R. Rafael. Esta edición se compone de dos tomos. El primero de ellos contiene un “Prólogo de los Editores” en el que se cuenta cómo el periódico *El Universal* se decidió a publicar las *Memorias*. Las cuales prefirieron por sobre los artículos, con respecto al mismo tema, del “acreditado literato D. Luis Manuel del Rivero”<sup>164</sup>. Después viene una “Introducción” en la que se hace una breve reflexión sobre la falta de previsión de los gobiernos mexicanos, en relación con las colonias del norte y el pensamiento dominante de los Estados Unidos de América, lo que explica la “necesidad y utilidad del ensayo”<sup>165</sup>. Luego tiene treinta y nueve capítulos que narran desde el descubrimiento y posesión de Texas por los españoles en el siglo XVII hasta la situación de esas colonias en 1833, año en que Filisola era Comandante de los Estados Internos de Oriente. Después existe un apartado de “Recapitulación y Observaciones” en el cual se resume el “bosquejo tosco, pero exacto y comprobado de la historia de Texas sobre cuyos antecedentes debe comenzar la historia de la

---

<sup>163</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, 1848. Tomo 1, p.5.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p.4.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p.19

guerra con las mismas”<sup>166</sup>. Aquí mismo se reafirma la utilidad de la historia. Algo que se vuelve el “designio” de las *Memorias* cuya tarea es:

Servir para que en lo sucesivo no se vuelvan a sufrir ni pérdidas semejantes, ni una ignominia tan sensible como la de que nos hayamos cubiertos, al vernos forzados a comprar la paz con los Estados Unidos, a costa de tan inmensas concesiones como las que se nos han arrancado, y de tan costosos sacrificios como los que desde el establecimiento de la primera colonia ha sido preciso hacer para la defensa de nuestras antiguas y disputadas fronteras<sup>167</sup>.

De esta forma la historia aparece como una maestra de la vida. Por último, nos encontramos con un “Apéndice” documental en donde hay reglamentos, instrucciones, decretos, tratados y concesiones relacionados con las provincias texanas, desde que nuestro país era una colonia de España.

Por su parte, el tomo segundo también tiene un “Prólogo del redactor”. En el que se dice que los hechos que continúan serán más difíciles de narrar por su “magnitud y gravedad [pero que] comenzada la obra es un deber tan sagrado como indispensable continuarla”<sup>168</sup>. Siguen treinta y cuatro capítulos que cuentan desde que Filisola en 1833 dejó la Comandancia General de Oriente en manos del general Pedro Lemus, quien cumplió con la aprehensión de Esteban Austin dispuesta por el Ministerio de Guerra, que tenía motivos para suponer que había intención por parte de aquel individuo para insurreccionar las colonias de Texas. El relato termina cuando en la campaña de 1836, a Filisola le releva en el mando del ejército José Urrea.

---

<sup>166</sup> *Ibid.*, p. 496.

<sup>167</sup> *Ibid.*, p. 496-897.

<sup>168</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, 1849, tomo I, p. 5.

Viene después una conclusión, en donde vuelve a sugerirse la utilidad de la historia, que “debe servir de lección a los pueblos para quienes se escribe”<sup>169</sup>. Se cree también que solo la “posteridad” puede determinar si fue honorable el despojo que se le hizo al país y si éste no tuvo la “voluntad ni el entusiasmo que era necesario para defenderse”<sup>170</sup>. Luego, el apéndice en este tomo es peculiar e interesante porque lo compone la “Noticia estadística sobre Texas”, publicada en 1836 por Juan Nepomuceno Almonte. Consiste en un informe sobre la posición geográfica de Texas, su división política, extensión, sus ríos, las tribus indias que la habitaban, caminos, el número de población en las villas, los puertos más comerciales, clima, y algunos otros aspectos. Adjuntamente, y también de la pluma de Juan Almonte, hay un “Itinerario de Natchitoches a México por Texas” que enlista los pueblos, villas, haciendas, ranchos y ríos por los que se pasa camino a la ciudad de México, así como las leguas de distancia que hay entre uno y otro punto y el total que hay entre Natchitoches y México. Ese estudio tuvo el fin de alertar al

Supremo Gobierno [para] evitar ese agiotaje tan pernicioso que algunos extranjeros y mexicanos están haciendo con las tierras de la nación, debe cuanto antes tomar sus providencias para evitar que las contratas con los empresarios no se vayan cada día embrollando más y causando disgustos entre los colonos, que no gustan de ver el monopolio ejercido por compañías o personas que adquieren las tierras a tan poca costa, no con el objeto de poblarlas sino de especular en ellas<sup>171</sup>

---

<sup>169</sup> *Ibid.*, p.512

<sup>170</sup> *Ibid.*, p.523.

<sup>171</sup> *Ibid.*, p.561.

Así, concluimos la descripción de la primera edición de las *Memorias*. Por otro lado, la segunda versión de la obra es bastante diferente a la primera. Para empezar, la publicación de 1849, corrió a cargo del periódico *El siglo XIX* y la impresión fue de Ignacio Cumplido. Con formato y letra más grande también aparece en dos volúmenes. El primero con veintiocho capítulos describe las acciones militares de 1836, a partir de la toma del Alamo, hasta la designación, por segunda vez, de general en jefe del ejército de Vicente Filisola. La introducción, no constituye un apartado independiente, está inserta en el primer capítulo y lo que la separa del inicio del relato es un punto y guión tras el cual comienza la narración del asalto al cuartel del Alamo. Además en la introducción se explica que el motivo para emprender el escrito es confirmar los hechos narrados en la primera publicación, para que

la posteridad [juzgue] con exactitud sobre los malhadados acontecimientos de Texas, y no presuma culpa, en hombres que tal vez lejos de tenerla, solo fueron víctimas de los errores que otros cometieron aunque por sin duda sus intenciones fueron las más patriotas que se pudieron concebir en servicio de su patria y del buen éxito que se propusieron en una empresa tan difícil<sup>172</sup>.

Las fuentes en las que se apoya el texto son, “los partes, órdenes e instrucciones que se dieron por el general en jefe, así como por los emitidos por los demás generales subalternos”<sup>173</sup>, y el no menos importante secretario de guerra y marina José María Tornel. Dichos documentos no se encuentran en un apéndice o como notas a pie de página, sino que éstos forman parte de la narración y llegan en ocasiones, a ser sólo ellos los que narran. Es decir a veces el relato del autor únicamente enlaza a uno y

---

<sup>172</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, 1849, Tomo I, p. 5.

<sup>173</sup> *Ibid.*, p. 5.

otro documento para que sean ellos los que cuenten la historia, como en el siguiente párrafo.

Ese día en la tarde al tiempo de acampar en el arroyo de Santa Gertrudis, recibió una protesta el general Filisola, de Urrea, en contra de la retirada, la que es como sigue: “Exmo. Sr. Desde la misión del Refugio, en oficio de 17 de mayo último, manifesté a V.E. lo interesante que en mi concepto era, que el ejército de operaciones sobre Texas, se observase en la línea del río de San Antonio en donde contaba la población de Béjar, fortificaciones del Alamo y Goliath, y a más con el puerto del Cópago, sin separarse de aquella línea sin expresa orden del gobierno supremo de la nación, pues era la única que nos convenía después de abandonado el Río Colorado [...]. En Guadalupe Victoria, antes de emprender mi marcha para este punto, hable largamente con V.E. sobre este mismo asunto, y consentí que V.E. quedaba convencido por mis reflexiones [...]. Dios y libertad. Matamoros, Junio 1º de 1836, José Urrea”. Esta insolente exposición, [...] no tuvo otro objeto que preocupar innoblemente al gobierno en contra del general Filisola [...]<sup>174</sup>.

Pese a esto la intervención del autor no es tan limitada como pudiera pensarse, pues hace sus apuntamientos cuando cree que éstos aclaran mejor los hechos. Por último es necesario decir que en este libro se hace una clara distinción entre “la primera” y la “segunda campaña de Texas”. Esta última se cuenta a partir de que Urrea es llamado a rendir cuentas a la capital y lo substituye Nicolás Bravo.

Al segundo tomo lo conforman seis capítulos. Cuentan los sucesos acaecidos en 1837, desde abril hasta octubre. O sea la segunda campaña de Texas, pero cuando Nicolás Bravo ya había renunciado y el gobierno había encargado ésta a Vicente Filisola. En general el estilo es el mismo que en el primer tomo y ninguno de ellos

---

<sup>174</sup> *Ibid.*, p. 324-329.

cuenta con algún índice o apartado especial. Aquí puede darse una cuenta acerca de lo diferentes que resultaron las dos campañas de Texas. Pues en la segunda las operaciones marítimas casi dominan la escena.

En conclusión, y para demostrar que era necesaria la descripción (pesada en ocasiones) de las dos obras. Debemos decir que con esto estimamos que la primera versión de las *Memorias* tuvo verdadera intención de dar una enseñanza útil a sus lectores y nos atrevemos a decir que en efecto se esforzó por ser imparcial en la narración de los hechos, (aunque no lo lograra del todo). Muestra de ello son estas líneas que consideramos muy importantes, porque cuando hablan de “sucesos” se refieren nada menos que a las operaciones del general Urrea.

Los pocos sucesos que hemos indicado en los dos capítulos anteriores, y los que vamos a referir en el presente, son acaso los únicos favorables a nuestras tropas durante la prosecución de la campaña: pero ellos demuestran la posibilidad que tenían nuestras armas de salir airoso en todos los demás en que se pudieran empeñar, y que a pesar de la adversa suerte que los persiguió constantemente, brillarán con gloria los nombres de los dignos mexicanos que derramaron su sangre defendiendo la integridad del territorio nacional, y resaltará la infamia de las colonias que sólo con ingratitud pagaron los beneficios de la nación mexicana<sup>175</sup>.

Cuan interesante resulta lo anterior. Por principio de cuentas se está hablando en términos afables del mayor adversario de Vicente Filisola. Y finalmente se le da la oportunidad a la afirmación constante de Urrea acerca de que, si no se hubiera retirado el ejército, habrían podido acarrear más victorias. No precisamente por las buenas condiciones del ejército, sino por el ánimo que imperaba en ese momento.

---

<sup>175</sup> Vicente Filisola, *Memorias*, tomo II, 1848, p. 417.

Aseveración que Filisola jamás aceptó y así lo demuestra en la segunda versión de las *Memorias*. Las cuales, no obstante su intención de mostrar los hechos tal y como pasaron, de dar posiblemente una lección de vida, no dejan de ser una justificación. Sin embargo este hecho es el que nos ha decidido preferir la segunda edición, para llevar a cabo nuestra comparación.

---

**ESTA TESIS NO SALI  
DE LA BIBLIOTECA** 79

#### 4.3. Urrea y Filisola. Frente a frente.

##### 4.3.1. Estilo narrativo, el arma de defensa.

Desde que México se constituyó como una nación independiente, tras la lucha armada, muchos de los militares que participaron en ella, iniciaron paralelamente su actividad política. Los tropiezos de un recién nacido país obligaron a dichos militares a tomar continuamente las armas para defender sus ideas políticas enfrentándose entre compatriotas. Entonces, en la pugna entre tendencias, tuvieron la necesidad de aprender a usar nuevas armas. Una de las más socorridas en aquellos años era el discurso. Algunos lo dominaron con maestría, mientras que otros requirieron de redactores para lograr el efecto deseado en quien leyera sus escritos. José Urrea y Vicente Filisola como militares prototípicos de las primeras décadas del siglo XIX también se valieron de aquella arma cuando les fue preciso. Ya fuera con o sin ayuda de alguien más, ambos lograron alguna elocuencia en sus obras.

En un primer acercamiento con la obra de José Urrea y sin conocer casi nada acerca de su vida, pudimos sentir en sus palabras un gran lamento. El honor de un hombre había sido mancillado y clamaba justicia. A primeras luces es probable que el autor convenza de esto a sus lectores, y aunque después se descubrieron omisiones en su texto, es verdad que logró tocar fibras sensibles en sus receptores. Lo cual nos demuestra que Urrea no ignoró “el arte de tejer elogios propios [y tampoco desconoció] aquella táctica finísima [...] que hace gigantes [algunos] hechos”<sup>176</sup>. Así también, supo usar la estrategia de “hacer que hablaran [sus] acciones”<sup>177</sup> para vindicarlo, acciones que fueron seguidas de sus propias observaciones acerca de todo

---

<sup>176</sup> José Urrea, *op. cit.* p. 1.

<sup>177</sup> *Ibid.*

cuanto se escribía y publicaba en 1836 sobre sus movimientos y los de Filisola. Cosa que nos demuestra un seguimiento fiel y dedicación por reunir los documentos de apoyo que sirvieron a su defensa y al mismo tiempo revelan la aplicación de Urrea a la materia que le interesó en ese momento. Incluso se observa su esfuerzo por citar, aunque mínimamente, a “Atila u Omar [cuando enarbolaron] el estandarte de la devastación”<sup>178</sup> para compararlos con Filisola. Todo lo anterior nos obliga a decir que Urrea abusó de la humildad cuando dijo que su “vindicación [...] carece de las flores oratorias y meditado estudio”<sup>179</sup>, pues es evidente que hubo empeño en el trabajo realizado, aún cuando no pueda compararse con otras obras más eruditas, lo que al parecer a Urrea no le preocupó demasiado pues su intención sólo era convencer, prueba de ello es que jamás emprendió un nuevo escrito.

Dentro de estos aspectos, la obra de Vicente Filisola no es muy diferente a la de Urrea. También Filisola escribe tratando de mover el sentimiento en quien la lea, pero agrega que también será para que la “posteridad [...] no presuma culpa, en hombres que tal vez lejos de tenerla solo fueron víctimas de los errores que otros cometieron”<sup>180</sup>. Asimismo, al igual que Urrea, Filisola da trazas de modestia diciendo que, “sin pretensiones ni conocimientos literarios tendremos como una dicha si alcanzamos siquiera a hacernos entender en la relación de sucesos históricos, en que, si bien no aspiramos a la fama literaria, si al honor de nuestra patria y al de nuestras armas”<sup>181</sup>.

---

<sup>178</sup> *Ibid.*

<sup>179</sup> *Ibid.* p. 46.

<sup>180</sup> Vicente Filisola, *op.cit.* 1849, Tomo I, p.5.

<sup>181</sup> *Ibid.* p. 7.

No obstante estas palabras, que pretenden denotar sencillez, en el texto el autor cita con arrogancia disfrazada de ingenuidad, algunos pasajes históricos. Así, cuando Filisola se refiere a la retirada del ejército, explica que esta medida se tomó en la campaña para evitar que le hubiera sucedido lo que le pasó, por ejemplo,

a Crespo en la Scitia, a Juliano en la Persia, a Carlos XII con Pedro el Grande en Rusia, al duque de Bruswick en la raya de Francia, a Mak en Roma, a Napoleón en la campaña de Rusia y Waterloo, y a Murat, rey de Nápoles, en Macerata<sup>182</sup>.

A dichas palabras el autor agrega que “es siempre mejor dejar de conseguir una victoria que sufrir una derrota”<sup>183</sup>. Por otra parte, dentro del mismo texto, y suponemos que para afianzar la credibilidad en él, Filisola hace algo en verdad curioso, introduce algunos diálogos que supuestamente sostuvo en la campaña. Uno de ellos es el que insertaremos a continuación y que se desarrolla entre él y el general Juan José Andrade, cuando Filisola estaba a punto de marchar a la capital por órdenes del gobierno interino:

Así se terminó la comisión de Filisola, quien hallándose conforme con tal desenlace, se le aproximó el general Andrade, diciéndole: “Parece que estás contento de verte desembarazado del horroroso compromiso en que estabas, a la cabeza de unas fuerzas reducidas a la miseria, y de algunos generales y jefes poseídos de una desenfrenada ambición, y tal vez de miras criminales; pero ven conmigo debajo de aquel mezquite, y te haré ver lo que difícilmente llegarás a creer”. En efecto fueron debajo del mezquite que Andrade le había señalado, y después de sentados, metió mano a la bolsa de la casaca, y sacó unos papeles que puso en manos de Filisola, diciéndole: “Toma y lee; siento

---

<sup>182</sup> *Ibid.* p. 6.

<sup>183</sup> *Ibid.* p. 7.

darle un mal rato; pero es preciso que lo lleves para poderte defender y salvar tu honra, que se ha querido mancillar". Filisola, sorprendido, tomó los papeles, y leyó las dos siguientes comunicaciones. [La primera es de Urrea al Secretario de Guerra y Marina, desde Victoria, en la cual expresa su opinión acerca de la inconveniencia de llevar a cabo una retirada, criticando fuertemente la actuación de Filisola. La segunda es la contestación del secretario José María Tornel, en ella aprueba aquella crítica de Urrea y se le nombra general en jefe del ejército]. Concluida la lectura de estos dos documentos, levantó la cara Andrade y dijo a Filisola con amargura: ¿Que dices a esto negro? ¿estás tan contento como lo estabas antes? Filisola contestó tristemente: no, ciertamente, Juan; siento que Urrea me haya faltado tan cruelmente suponiendo lo que no había, tal vez por una mala inteligencia, y no haber estado al cabo de las cosas para no padecer errores que desde luego han inducido al gobierno a cometer injusticias, y a dictar medidas inoportunas que bien pronto lo desengañarán, y pondrán en ridículo a él, y a aquél por cuyo exagerado informe las ha dictado; por lo que respecta a mi persona, protesto defenderme cuando el caso llegue, y dejar mi honor, tan malamente tratado, en el lugar que le corresponda. Se atravesaron otras expresiones que no son del caso, porque Andrade, amigo íntimo de Filisola y ofendido él mismo por su posterga, se hallaba incómodo y acalorado; pero Filisola lo tranquilizó, y entonces sólo repuso: no he de ser yo quien quede a las órdenes de quien tal se comporta con sus compañeros; y se fue muy disgustado a su tienda de campaña<sup>184</sup>.

Como esta conversación aparecen algunas más en las que Filisola describe con detalle el ambiente, los lugares, los movimientos, las palabras y hasta los sentimientos de sus compañeros y de él mismo, que se presentaron en cada uno de los momentos de la guerra.

---

<sup>184</sup> *Ibid*, 342-352

Finalmente, al igual que con Urrea, con Filisola se nota el empeño por dar lustre a sus palabras. Y aunque en ocasiones éstas se hayan exagerado, por ser menester así para lograr la exaltación en sus lectores, podemos decir que ello fue un gran mérito en los dos autores que siendo soldados, destacaron además en las lides políticas.

#### 4.3.2. En la importancia de los hechos radica la culpa o la inocencia.

Tanto Urrea como Filisola con su particular estilo se convirtieron sin querer en cronistas. Pero cabe mencionar que uno y otro en sus obras le dieron más importancia a los hechos que los hicieron lucir mejor dentro de la campaña. De esta forma vemos que dentro del *Diario de las operaciones* los hechos de más significación para el autor fueron los que tuvieron lugar de enero a junio de 1836, especialmente las batallas acontecidas en marzo. La del día 2 en San Patricio en la que murió el Dr. Diego Grant. La del 19 y 20 en Encinal del Perdido en la que aprehendieron a James Fanning. La del 22, camino hacia el puerto Casa de Lim en donde hizo prisionero a Mr. Ward. Todas ellas gozan del lustre y detalle de quien plasma lo que hizo. Así como evidentemente, las batallas en las que Urrea no participó, carecen de dichos aspectos y algunas de ellas ni siquiera se mencionan. Esto es lógico puesto que, en un diario se escriben sólo las vivencias personales, pero en todo caso podrían aparecer por lo menos los informes que Urrea debió recibir acerca del avance de las otras divisiones y de los encuentros que éstas sostuvieron. Sin embargo, no nos toca juzgar si escondió o no evidencia acerca de que los demás generales ejecutaron acciones tan acertadas como las que él menciona sobre sí mismo. Porque es posible que al reunir sus documentos para iniciar la publicación de su *Diario* no haya encontrado tales informes, aunque es seguro que estaba enterado de todos esos movimientos. No obstante, todo ello deja muy claro que Urrea sólo dio relevancia a los acontecimientos que de alguna forma afectaron o provocaron sus decisiones. En este caso se encuentra la derrota de Santa Anna en abril, que aunque carece de los pormenores de los otros combates, es importante dentro del *Diario*, porque de ella se derivan los hechos polémicos en que se vio involucrado José Urrea,

como son, su protesta por la retirada, sus comunicaciones “por extraordinario” al gobierno de la capital y su nombramiento como jefe del ejército.

Por otro lado, así como es notorio el realce que Urrea da a ciertos hechos lo es también el que deje casi en completa oscuridad lo sucedido a partir de junio de 1836. Esto obedece a que es a partir de entonces, y hasta que fue relevado del mando del ejército en septiembre, que sus acciones fueron perdiendo el brillo que tuvieron en un principio. De haberse llenado ese espacio habrían figurado en él las penurias sufridas por las tropas debido a la falta de recursos. Padecimientos que sólo conocemos por medio de otras fuentes, pues si José Urrea los hubiese plasmado en su obra habría sido tanto como aceptar las razones que Vicente Filisola tuvo para retirar al ejército y eso no convenía a su defensa.

Ahora bien, dentro de las *Memorias para la historia de la guerra de Texas* su autor comienza la narración no desde enero de 1836 como lo hace el del *Diario*. Da inicio desde marzo, pero no con las importantes batallas que relató Urrea, sino con otra que nuestro autor no refiere. La del 6 de marzo en el Fuerte del Álamo, en la cual el triunfo fue para las armas nacionales, pero en la que también el ejército mexicano tuvo bajas considerables.

Resulta interesante preguntarse ¿Por qué Vicente Filisola refiere con mayor amplitud dicho combate aunque, al igual que José Urrea, no estuvo presente en el mismo?. Nuestra teoría es que Filisola, desde el principio de su obra intentó dar sólo la faz de calamidad a la campaña. Así, habla de que el asalto al cuartel del Álamo fue sumamente desorganizado, empleándose inútilmente muchas vidas de soldados mexicanos en un movimiento que no requería costo tan alto. Porque “con sólo haber colocado nuestras veinte piezas convenientemente, no habría podido resistir aquella

mala cerca ni una hora de fuego, sin quedar convertida en polvo, juntamente con los malos cuartos que tenía por dentro<sup>185</sup>. Dice también, que ese desastre se debió a la premura con que actuó el general Santa Anna, quien no quiso esperar “las piezas de a doce que debían llegar el día 7 o el 8”<sup>186</sup>. Pero Filisola, a pesar de su doble interés, no estuvo lejos de la realidad en la relación de este hecho, porque más de una fuente de la época nos confirma el doloroso triunfo del Álamo<sup>187</sup>. Más reflexiones hace el autor de las *Memorias* a partir de ese acontecimiento. Una de ellas es acerca de lo

glorioso [que] hubiera sido para México y su buena fama, si en vez de tanta sangre y muertos, se hubiera conservado la vida de sus gratuitos e ingratos enemigos, tanto del Álamo, como del Refugio, de Goliad y de Guadalupe Victoria, y se hubiesen mandado a México, para que en obras públicas hubieran indemnizado algún tanto de los gastos que le hicieron erogar<sup>188</sup>.

Si observamos, con estas palabras Filisola astutamente evocó los combates en que participó la división de José Urrea para reprobarnos los lamentables acontecimientos de los prisioneros fusilados, que ya hemos mencionado antes. Sin embargo, lo importante aquí es que Filisola, sin querer coincide con José Urrea en la opinión de lo provechoso que habría sido para el país conservar la vida de los enemigos prisioneros. Pues si se recuerda aquel intrincado asunto del fusilamiento de James Fanning, Urrea dice en el *Diario* que ordenó emplear a los prisioneros en la reedificación de Goliad. Así, los dos autores repudian la matanza hecha en la guerra,

---

<sup>185</sup> *Ibid.*, p. 14-15.

<sup>186</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>187</sup> Véase por ejemplo a José Enrique de la Peña, *La rebelión de Texas. Manuscrito inédito de 1836. Por un oficial de Santa Anna*, estudio introductorio y notas de J. Sánchez Garza, México, Impresora Mexicana, 1955, p. 53-74.

<sup>188</sup> Vicente Filisola, *op. cit.*, p. 5.

compadeciendo al enemigo por haber confiado en vano su vida a la “generosidad mexicana”<sup>189</sup>.

Vayamos ahora a la batalla de San Jacinto. Como con Urrea, ésta es importante porque de ella emanan los sucesos que tocaron directamente a Filisola. Este general por su parte, al hablar de dicha batalla arremete nuevamente contra Santa Anna. En uno de sus acostumbrados diálogos insertos en su obra, Filisola narra las impresiones del momento en que recibió la comunicación sobre la derrota del general presidente:

Estaba al lado de Filisola el general D. Joaquín Ramírez y Sesma, quien preguntó al primero con interés: ¿que ha sucedido chico? el que contestó, poniéndole el papelito [la comunicación] en las manos: ¡mucho más de lo que temíamos amigo! Sesma leyó, y con dolor profundo exclamó: ¡Válgame Dios! se perdió, y nos perdió, por su malditísima precipitación y no querer oír a sus amigos. Entre tanto llegaron los generales Gaona y Woll, enterados del funesto suceso, el primero dijo con resignación: esto, mi general me debió tocar; y el segundo, que quería entrañablemente al general Santa Anna, prorrumpió agarrándose las dos manos: aunque siempre temí una cosa semejante de su ansiedad, nunca me la figuré de tanta gravedad: ¡Quisiera de buena gana haber perecido con él! El general Filisola dio a todos por sola contestación: señores, vamos a concentrar las fuerzas, y después veremos lo que deba hacerse<sup>190</sup>.

Todo lo anterior demuestra que Vicente Filisola quiso poner las acciones de la guerra de Texas como pasos siempre inseguros, como decisiones siempre precipitadas. Lo que era de esperarse si se toma en cuenta que con esa forma de plasmar los hechos,

---

<sup>189</sup> Los dos autores utilizan esta frase, en José Urrea *op. cit.*, p.18, en Vicente Filisola *op.cit.*, p.14.

<sup>190</sup> Vicente Filisola, *op.cit.*, p.118.

estaba justificando su proceder al retirar al ejército en la campaña de 1836. Y en su afán por lograr ese objetivo, muchas veces incurrió en exageraciones al tratar de restar importancia a las acciones y observaciones de José Urrea. Por ejemplo, en las *Memorias*, aparece la comunicación de Urrea en la cual manifiesta a Filisola su inconformidad al ver la retirada del ejército, diciéndole que ésta aparecerá como una “vergonzosa fuga”. Porque el ejército “cubiertas sus conquistas”, estaba abandonando fortificaciones que eran puntos importantes para la prosecución de la campaña. Al calce de dicho documento, Filisola agrega que éste es una

insolente exposición, llena de suposiciones, unas del todo falsas, y otras inexactas, que da el nombre de principales fortalezas a unos simples corrales, y llama victorias a unas acciones que vistas a buenas luces, no fueron sino otras tantas derrotas<sup>191</sup>.

Definitivamente, aquel panorama no es como Filisola lo pintó en su texto. A lo largo de este trabajo, más de una fuente ha corroborado que no fueron tan insignificantes las fortificaciones que se ganaron y que las pocas victorias obtenidas no se habían librado en contra de simples “aventureros”. Aunque así hubiera sido, ello significó ir allanando el camino al quitar obstáculos alternos, antes de llegar al verdadero enemigo. Incluso, en la primera versión de las *Memorias*, se dice que esas victorias demostraron la posibilidad que tenían las armas nacionales de salir airoso en los encuentros que estaban por venir<sup>192</sup>.

Por otra parte, mientras que en el *Diario*, Urrea omite hablar de las dificultades a las que se enfrentó en su tarea como jefe del ejército, en las *Memorias*,

---

<sup>191</sup> *Ibid.*, p.329.

<sup>192</sup> Ver pag. 78 de este trabajo.

Filisola si relata sus penurias cuando ocupó el mismo cargo en 1837. Como se recordará, después de haber llamado a Filisola a responder por los cargos hechos en su contra, el gobierno le encomendó reabrir la campaña y ponerse al frente de ella como jefe del ejército. Esa nueva etapa de la guerra transcurre en el año de 1837, y toda ella compone el segundo tomo de las *Memorias*. Ahí cuenta el autor como lidió, no sólo con los rebeldes texanos, sino también con la falta de recursos en el ejército, con la desertión dentro del mismo y con las tribus salvajes. Narra además, los movimientos por mar, que se hicieron con el fin de proveer a las tropas del norte y el secuestro que sufrió el bergantín mexicano *Urrea*. Todo esto es bastante meritorio en Filisola, ya que rescata un periodo de la guerra un tanto olvidado, aunque éste no le haya sido a él tan favorable.

De esta forma hemos recorrido algunos de los hechos que José Urrea y Vicente Filisola trataron en sus respectivos escritos y sobre todo vimos la intención que cada quien les dio para lograr la absolución del público. Nosotros no tenemos esa facultad, pero aún así, nos aferramos a enfrentar sus obras, cuando sus autores hacía mucho ya se habían enfrentado por voluntad propia.

Puede ser que la polémica siga abierta, no obstante, es seguro que se han disipado algunas interrogantes. Se vislumbró en las *Memorias* el enojo que, a más de diez años de la campaña de 1836, todavía le causaba a Filisola el hecho de que en aquel entonces el gobierno interino hubiera confiado más en un general de brigada que hasta esa fecha no había brillado con luz propia. Pero ese era el momento de José Urrea. El tiempo de pasar a la historia como el hombre impetuoso. El que arremetió valientemente contra el enemigo extranjero que con malicia disuadía a los rebeldes

texanos en contra de su propia patria. Así como Filisola tuvo sus glorias en 1824 y firmó en el libro del devenir bajo el nombre de “jefe político superior y comandante general de las armas” de las provincias de Centro América.

Fue difícil imaginar como es que se abrió un surco abismal entre estos dos generales, si cuando pensábamos en ellos casi nunca lo hacíamos como hombres de distintas generaciones. Por el contrario, solamente los evocábamos como actores que vivieron en un mismo tiempo y un mismo hecho, el que nos interesaba, el que plasmaron en sus obras. La guerra de Texas, lugar en el que Filisola poseía bienes particulares y guerra en la que Urrea vio el camino hacia una mayor intervención en la política y probablemente su nombramiento como general de división, el cual nunca llegó. Al iniciar la campaña de 1836, Filisola contaba con 48 años de edad y Urrea con 39. Posiblemente Filisola se estaba asegurando un porvenir económico al prever que en la carrera de las armas la edad pudiera limitar su actividad. Mientras que a Urrea le faltaba vivir lo que Filisola y alcanzar cierto prestigio. Estos son buenos elementos para comprender los apasionamientos de Urrea y Filisola en sus obras, pero como dijimos, no tenemos la facultad de culpar o absolver a ninguno, ni pretendemos hacerlo. Simplemente debemos agregar, que era absolutamente necesario contraponer el *Diario* con las *Memorias*. Pues ante éstas, es nuestro deber reconocer que su lectura es imprescindible para entender la razón de ser del *Diario de las operaciones militares* de José Urrea.

## Conclusiones.

De una forma somera y probablemente poco atractiva en el capítulo de este trabajo llamado "Ideario de Urrea", tratamos de resaltar las tendencias políticas que nuestro autor siguió a lo largo de su carrera como militar, la cual ejerció durante toda su existencia. Observamos entonces que no fue fiel partidario de una sola postura, adoptando la que mejor le parecía según sus intereses del momento, sin tomar en consideración que el partido (cualquiera que éste fuera) al que estaba atacando en ciertas revueltas, era el mismo que una vez había apoyado y que además le había dado algún beneficio, ya fuera un nuevo ascenso en la milicia o la gobernatura de un estado.

Cuando por fin llegó el tiempo en que José Urrea permaneció de manera más estable en una facción, la cual fue la federalista, la tendencia que estaba en el poder en ese momento era la opuesta, la centralista. Así, nuestro general encabezó movimientos en contra del sistema imperante, pues antes de esto, él jamás había sido adalid, solamente seguidor, pero la popularidad que adquirió tras la campaña de Texas le permitió hacer más eco por cuenta propia. Sin embargo, aún con esto a su favor, Urrea en ocasiones tuvo la necesidad de recurrir a algún "precursor intelectual" con una postura definida para dar un verdadero matiz a su revuelta. En este caso se encontró, por ejemplo, en 1840 cuando la asonada contra el sistema central se llevó a cabo en la capital del país y el autor intelectual de ese movimiento fue Valentín Gómez Farias. Pero a pesar de tener todavía estos inconvenientes, parecía que alguna madurez política había adquirido nuestro autor y esta nueva tendencia, curiosamente, la siguió después de haber salido a la luz su *Diario de las operaciones militares*.

Es indudable que esta obra, como fuente documental, ha hecho una aportación nada despreciable a la historia de la guerra de Texas, arrojando datos sobre ella. No obstante siempre fue necesario comprobar la veracidad de esos datos, con lo que se descubrió algo que sobresale en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, el no haber podido salvar siempre a nuestro autor como un historiador imparcial. Pero no porque los hechos que relató en su obra hayan sido falsos, sino porque omitió hablar de algunos otros que eran igualmente importantes. Entonces, como lo que le interesaba a Urrea era aclarar muy bien su participación en la guerra, esto lo llevó a escribir ensalzando sus acciones para lograr ese cometido. Y así emprendió también la marcha por un sinuoso camino en el que la historia quedó supeditada a los caprichos de los intereses individuales. El peligro al que nos enfrentamos con esto, es estar frente a una historia poco científica cuyo objetivo no fue plasmar los hechos para saber lo que en realidad sucedió, aún así con la ayuda de Adam Schaff encontramos que el *Diario* es una “verdad parcial” y que la acumulación de éstas provoca cambios “cuantitativos y cualitativos” en nuestro saber y en nuestra “visión de la historia”, lo cual enriquece las aptitudes del historiador en su tarea científica. ¡Que optimistas palabras!. Sin embargo, a decir verdad, cuán pretenciosas llegan a sonar, pero es que al parecer no hubo otra opción con José Urrea, porque el hombre actuó con arrojo en cuanta situación (próspera o adversa) estuvo. Se necesitó de un tesón considerable, por ejemplo, de parte de quienes se dedicaron a su persecución entre 1839 y 1840 en que escapó una y otra vez después de su primera aprehensión en Tuxpan durante la expedición que (con objeto de reforzar a los federalistas de Puebla) inició junto con José Antonio Mejía en Tampico. Asimismo, en 1843, cuando ocupaba por segunda vez la gubernatura de Sonora, es válido reconocer su visión,

alertando al gobierno mexicano sobre los beneficios que podría acarrearle la república si se aprovecharan mejor los puertos del mar del sur, en los que Europa empezaba a extender su comercio. ¿Se observa como, de nuevo, estas acciones vuelven a cegarnos con el velo de la admiración hacia José Urrea?. No obstante nuestra resistencia pervive y no olvidamos por ejemplo, que alguna vez, siguiendo a Santa Anna acudió a un acto de felonía en contra de Zacatecas que en 1835 combatió hasta el último momento por conservar un sistema federal. Pero sin duda, el episodio nacional que encumbró a nuestro personaje fue la guerra de Texas, el que lo llevó a la vida pública y con buena reputación, gracias a que tuvo la osadía de hacer una crítica a la acción de retirar al ejército en un momento decisivo para las armas nacionales, hecho que encabezó un general, Vicente Filisola, que hasta ese momento gozaba de la simpatía de Antonio López de Santa Anna, cuando Urrea no contaba todavía con la relativa popularidad de Filisola y menos aún con la avasalladora fama de Santa Anna. Por lo tanto consideramos que esto es, de la vida y personalidad de José Urrea, lo digno de conservar en la memoria de los hombres, aprovechar los momentos decisivos para alcanzar la gloria que en su caso fue efímera, pero que sobrevivió a través del tiempo en virtud de haber quedado plasmada en las páginas del *Diario de las operaciones militares*, obra que merece pertenecer a la historiografía clásica sobre la guerra de Texas.

## Bibliografía.

Alamán, Lucas, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Libros del Bachiller Sansón Carrasco, 1985.

Álvarez, José Rogelio (Director), *Enciclopedia de México*, Tomo XII, México, Enciclopedia de México Editorial, 1977.

Aron, Raymond, *Dimensiones de la conciencia histórica*, México, F.C.E., 1984.

Bakker, Gerald y Len Clark, *La explicación. Una introducción a la filosofía de la ciencia*, México, F.C.E., 1994.

Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México, F.C.E., 1984.

Carr, E.H., *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1973.

Chartier, Robert, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Gedisa, 1994.

Collingwood, R.G., *Idea de la historia*, México, F.C.E., 1972.

Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia, siglos XIX y XX*, México, F.C.E., 1997.

Danto, Arthur, *Historia y narración. Ensayos de filosofía y analítica de la historia*, Barcelona, Paidós, 1989.

*Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, México, Editorial Porrúa, 1976.

Filisola, Vicente, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, México, Imprenta de R. Rafael, 1848-1849.

---- *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1849.

- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica I*, Salamanca, Sígueme, 1993.
- Huizinga, Johan, *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, F.C.E., 1977.
- Kahler, Erich, *¿Qué es la historia?*, México, F.C.E., 1970.
- Le Goff, Jacques, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, México, Paidós, 1991.
- Mendiola, Alfonso y Zermeño, Guillermo, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones una semántica", *Historia y grafía*, México, U.I.A., 1995.
- Moradiellos, Enrique, *El oficio de historiador*, México, Siglo XXI, 1994.
- Nicol, Eduardo, *Historicismo y existencialismo*, México, F.C.E., 1989.
- *Los principios de la ciencia*, México, F.C.E., 1974.
- Ortega y Medina, Juan A. y Camelo Rosa (coordinadores), *El surgimiento de la historiografía nacional*, Tomo III, México, UNAM, 1997.
- Palau y Dulcet, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos, por Antonio Palau y Dulcet. Primer hijo predilecto de la Villa ducal de Montebland*, Tomo XXIV, Barcelona, Tow- Valderrama, 1972.
- Pereyra, Carlos, *et. al.*, *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980.
- Riva Palacio, Vicente, *et. al.*, *México a través de los siglos*, 10 Tomos, México, Editorial Cumbre, 1987.
- Schaff. Adam, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1974.

Urrea, José, *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Tejas*, Victoria de Durango, Imprenta del gobierno a cargo de Manuel González, 1838.

Von Wright, Georg Henrik, *Explicación y Comprensión*, Madrid, Alianza, 1979.

Fuentes Hemerográficas.

Vignes, David M., "La expedición Urrea Mejía", en *Historia Mexicana. Revista trimestral publicada por el Colegio de México*, Vol. V, México, Colegio de México, Octubre Diciembre, 1955.

Fuentes Documentales.

Archivo Histórico Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional, *Cancelados*, Expediente del General de Brigada José Urrea, XI/III/1-54.

Archivo Histórico Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional, *Operaciones Militares*, Expediente XI/481.3/1146.

--- Expediente XI/481.3/1524.

--- Expediente XI/481.3/1898.

--- Expediente XI/481.3/1902.

--- Expediente XI/481.3/1903.

--- Expediente XI/481.3/1547.

--- Expediente XI/481.3/1711.

--- Expediente XI/481.3/1921.

--- Expediente XI/481.3/2665.

--- Expediente XI/481.3/2742.